

FEDERICO MARE

## RACISMO ALBICELESTE MUNDIAL DE FÚTBOL, RIVALIDAD CON FRANCIA Y POLÉMICAS SOBRE AFRODESCENDENCIA

*El fútbol es un gran relato sobre la identidad. Esto, que se ha vuelto un lugar común (e incluso un argumento publicitario) lo sabe ya hasta un pasante de periodismo deportivo. Lo que no se discute jamás son las variaciones posibles de esa identidad. Y mucho menos sus consecuencias, a veces funestas.*

*Afirmar que el fútbol se vincula a la identidad resulta tranquilizador. [...] Pero la tranquilidad de la identidad olvida –u oculta– que con eso no terminamos de explicar nada: que debemos introducir otra dimensión, infaltable (y generalmente escamoteada) que es la del poder.*

*[...] no se trata de celebrar identidades sino más bien de analizar quién las inventa, quién las reproduce, cómo las narra. Y fundamentalmente, contra quién se la narra. Porque, como sabemos, todo relato de identidad es a la vez uno de alteridad: lo que se es y a la vez lo que no se es.*

Pablo Alabarces<sup>1</sup>

**D**esde niño me gusta el fútbol, verlo y jugarlo. Y siento un cariño especial por mi terruño, Argentina, la tierra donde nací y he vivido siempre. Pero no soy un fanático del fútbol, ni de los clubes de mi simpatía (River Plate y Godoy Cruz) ni de la selección *Albiceleste*. Y menos soy un nacionalista, en ninguna de las dos grandes variantes del nacionalismo: la cívica o liberal-contractualista (la menos tóxica) y la étnica o romántico-esencialista (la peor).

Soy un anticapitalista de izquierda que adhiere al comunismo libertario. Trato, por ende, de ser un cosmopolita abierto a la interculturalidad, y de militar el internacionalismo más allá de mi etnicidad, que es

---

<sup>1</sup> Pablo Alabarces, “Fútbol, xenofobia, racismo, discriminación y algunas manchas más del tigre”, en *Nueva Sociedad*, jun. 2018, disponible en <https://nuso.org/articulo/futbol-xenofobia-racismo-discriminacion-y-algunas-manchas-mas-del-tigre>. El sociólogo acota: “las dimensiones de la identidad puestas en juego no son simplemente las dos más visibles: la microidentidad o identidad tribal (la del club, el equipo, los colores) y la nacional (la selección, la nación, la patria), aunque también exijan nuestra atención antes que nuestra celebración. Los relatos de identidad que el fútbol pone o puso en juego históricamente en América Latina se construyeron sobre ejes muy variados. En principio, sobre los de la etnicidad, la raza, la clase, el territorio y la nación. [...] La etnicidad nos remite a las fundaciones reales y los conflictos entre europeos –que no fueron solo ingleses–, criollos y mestizos; a la clase, a la popularización y a las disputas por la profesionalización; a la raza, a la aparición de los afrodescendientes; al territorio, a la estrecha relación entre equipos y ciudades o pueblos (o barrios, en las ciudades más importantes); a la nación (desde 1916 y con la aparición de las competencias internacionales, encontró en el fútbol el soporte más idóneo para la popularización de narrativas de identidad)”.

solo un aspecto –entre muchos otros– de mi identidad. No soy un *cipayo* que reniega o se avergüenza de su argentinidad. Pero tampoco soy un patriota. No me ufano de ser argentino ni lo celebro, porque no encuentro nada demasiado especial en eso (no creo en el mito excepcionalista del *Ser nacional*), y porque todo autobombo chovinista –narcicismo colectivo, megalomanía nacional– me parece una mentira de patas cortas, sumamente peligrosa y de muy mal gusto. Así como no tengo un complejo de inferioridad con mi nacionalidad, tampoco tengo uno de superioridad con ella. George Bernard Shaw dio en el clavo cuando dijo –humorada chispeante y mordaz– que *el patriotismo es la convicción de que el país propio es superior a los demás porque uno nació en él...*<sup>2</sup>

Pues bien, aplíquese este ideario a mi pasión futbolera. *Ergo*: soy un hincha de la selección argentina, pero no un fanático movido por la pasión nacionalista. La racionalidad y las convicciones políticas no se negocian. Tampoco la medida crítica, que este ensayo intentará honrar, en la medida de mis limitadas posibilidades.

Empecé a escribir este texto a fines de diciembre, luego de ver el mundial de Catar y celebrar con emoción y entusiasmo el tricampeonato de Argentina, tras 36 años de expectativas y desilusiones deportivas. Cuando la *Albiceleste* campeonó en el 78 con Menotti y Kempes, apenas tenía un año, por lo que no guardo recuerdos de ese suceso. Cuando obtuvo el bicampeonato en México 86 de la mano de Maradona y Bilardo, había cumplido nueve y pude disfrutarlo. En aquel momento de regocijo, nunca imaginé –nadie imaginó– que el tricampeonato recién habría de poder festejarse un tercio de siglo después (quien escribe, con 46 años en la mochila). Fue una espera larguísima la del pueblo argentino, por eso tanto desahogo y euforia.

Decía que empecé a escribir este texto en los días subsiguientes a la final con Francia. ¿Por qué la demora, entonces, en publicarlo? Porque es un escrito crítico, un ensayo *políticamente incorrecto*, que navega las aguas de la *parresía* de izquierda a contracorriente del sentipensar mayoritario. Consciente del nivel de efervescencia popular mundialista, me pareció prudente, conveniente, esperar a que bajara un poco la espuma del emocionalismo, la marea del irracionalismo. Pasadas las fiestas de fin de año y las vacaciones de enero, creo que ya ha llegado el tiempo de dar a conocer lo que escribí, aun cuando no esté exento de recibir algún que otro botellazo desde la tribuna.

### “Escuchen, corran la bola...”

En tiempos de tanta euforia mundialista, rivalidad con Francia y triunfalismo de tricampeón, el patrioterismo futbolero argentino ha exudado, una vez más, su racismo inveterado. Aunque esta vez, las víctimas no han sido los inmigrantes bolivianos y paraguayos, los «boliguayos» como les dicen, sino los jugadores afrodescendientes de la selección europea que perdió por penales la final en Catar.

Como es de público conocimiento, la participación de futbolistas negros y mulatos en la Copa del Mundo va creciendo, edición tras edición. En Catar 2022, entre los 832 jugadores convocados por las 32 selecciones nacionales, hubo cerca de 240/250, según mi estimación basada en la observación cuidadosa de fotografías de todos los planteles de 26 integrantes. Esa cifra representa casi un tercio, un 29/30% para ser más exactos.

<sup>2</sup> Textualmente, en inglés: “Patriotism is, fundamentally, a conviction that a particular country is the best in the world because you were born in it”. Artículo “Irish Patriotism and Italian Opera”, *World*, 15 de noviembre de 1893. En G. B. Shaw, *Shaw's Music*, ed. por Dan H. Laurence, Londres, The Bodley Head, 1981, vol. 3, p. 30. Para mayores precisiones sobre la crítica al nacionalismo, véase mi escrito “De la patria al terruño”, en Federico Mare, *Ensayos misceláneos*, Mendoza, El Amante Universal/ECM, pp. 69-72. Una versión electrónica anterior de dicho artículo está disponible en [La Quinta Pata](http://la5tapata.net/de-la-patria-al-terruño), con fecha 25 de enero de 2015: <http://la5tapata.net/de-la-patria-al-terruño>. Complementaria y tangencialmente, pueden leerse también “Pensar Malvinas” e “Izquierdas y Malvinas”, mis dos capítulos de la obra colectiva *Si quieren venir que vengan. Malvinas: genealogías, guerra, izquierdas* (con Ariel Petruccelli, Andrea Rodríguez y Ariel Pennisi), Bs. As., Red Editorial, 2022, pp. 9-52 y 117-158.

Siempre hubo muchos futbolistas negros y mulatos en la mayoría de las selecciones africanas y americanas: Camerún, Nigeria, Ghana, Sudáfrica, Costa de Marfil, Brasil, Colombia, Ecuador, EE.UU., Jamaica, Haití, etc. Pero en estos últimos decenios, debido a los procesos migratorios de la globalización, la múltiple presencia de afrodescendientes se ha extendido a los combinados de la Europa occidental, no solo a los de aquellos países que retienen o poseyeron colonias en el África subsahariana y/o la América tropical esclavista (como Gran Bretaña, Francia, Países Bajos, Portugal, España, Bélgica y Dinamarca), sino también a los de otras naciones sin un pasado colonialista en ultramar (por ej., Suiza y Austria), o con uno efímero y más lejano (Alemania e Italia). El fenómeno también se ha dado en el seleccionado de Australia, donde, hasta no hace mucho tiempo, la minoría afrodescendiente era muy menor. Hay tres jugadores negros/mulatos en los planteles de Dinamarca, Gales y Australia; cuatro en el de España; media docena en los de Portugal e Inglaterra; siete en los de Bélgica y Suiza; ocho en el de Alemania... Por supuesto que el *ranking* lo encabezan los planteles de Países Bajos y Francia, con doce.

Esta composición multirracial<sup>3</sup> no le cae bien al grueso de la afición argentina, que tiende a considerarla, esquemáticamente, un *curro* ventajero neocolonial. Como la *Albiceleste*, durante su camino a la gloria en Catar, se topó primero con los australianos y la *Naranja Mecánica* en octavos y cuartos de final, y posteriormente con *Les Bleus* en la finalísima, el asunto de la multirracialidad estuvo en el candelero durante semanas, suscitando toda clase de comentarios victimistas por parte de los hinchas argentinos: suspicacias, ironías, chistes, quejas, denuncias, diatribas, etc. Como era de esperar, el paroxismo de la maledicencia se alcanzó en el *mata-mata* con Francia por el título mundialista.

Por ejemplo, se popularizó un cántico chovinista y discriminatorio que dice, sin filtro, lo siguiente: “Escuchen, corran la bola: Juegan en Francia, pero son todos de Angola. ¡Qué lindo es! Van a correr. Son *cometravas* como el puto de Mbappé. Su vieja es nigeriana; su viejo, camerunés. Pero en el documento... nacionalidad: francés”. Discriminación racista, xenófoba y machista al por mayor, en modo *sinceridad*

<sup>3</sup> Una aclaración importante: a la luz de los conocimientos científicos actuales, el uso de la categoría biológica y taxonómica de *raza* para el *homo sapiens* resulta muy problemático y obsoleto, pues se halla desacreditado. Esto es así incluso en el sentido más restringido y neutro del término, aquel que excluye todo determinismo psicológico (raza como fundamento innato de una idiosincrasia colectiva) o sociológico (raza como fundamento innato de una cultura) y toda valoración intelectual/moral en términos de superioridad o inferioridad por naturaleza (racismo). Nos referimos, concretamente, al concepto de *subespecie*, a saber: conjunto de individuos de una misma especie que comparten ciertos rasgos fenotípicos, a partir de una herencia genética común. Aun en este sentido restringido y neutro, el concepto de raza no deja de presentar problemas y generar muchas controversias dentro de la comunidad científica, dado que las diferencias y semejanzas apreciables en la fenotipia pueden no tener una correspondencia más profunda en la genotipia. Este inconveniente, de hecho, se constata no solamente en el *homo sapiens*, sino en todas las especies zoológicas y botánicas, con la salvedad de los animales domésticos como el perro, el gato y los mamíferos criados en granjas. Es por eso que el concepto de raza ha caído en desuso en todas las especialidades de la ciencia biológica, con excepción de aquellas vinculadas a la zootecnia (cría y refinamiento de animales). Vid. José Marín González, “Las «razas» biogenéticamente no existen, pero el racismo sí, como ideología”, en *Diálogo Educativo*, vol. 4, n° 9, Pontificia Universidad Católica de Paraná, Brasil, mayo-agosto 2003, pp. 1-7, disponible en <https://www.redalyc.org/pdf/1891/189118067008.pdf>.

Así y todo, es un hecho que, a nivel social, las distinciones raciales –racistas y no racistas– siguen objetivamente vigentes, de momento en que muchos individuos o amplios sectores de la población creen subjetivamente en tales distinciones, y actúan conforme a ellas, con independencia de su validez o invalidez científicas. Cuando una persona o un grupo étnico adscriben positivamente su propio bagaje cultural o su propia subcultura (valores, tradiciones, costumbres, gustos, hábitos, etc.) a ciertos rasgos fenotípicos, hablamos de *racialización*. Decimos, en ese caso, que tal persona o tal grupo están *racializados* (Malcolm X y los Musulmanes Negros, por ej., asumían orgullosamente su etnicidad afrodescendiente en términos de raza negra). Desde luego, este tipo de esencialismo racial por *autoidentificación* puede no conllevar prejuicios y actitudes racistas hace la alteridad (supremacismo, discriminación, segregacionismo, cultura del odio, etc.), pero no por ello deja de ser una forma de esencialismo, y como tal, una ideología cuestionable. En el presente ensayo, sustantivos y adjetivos como «raza», «racial», «blanco/a», «blancura», «negro/a» y «negritud» carecen de toda denotación o connotación racistas. Dan cuenta, meramente, del fenómeno cultural de la *fenotipia o etnicidad racializadas* que existen y operan –desde premisas racistas o no– en la sociedad contemporánea. Cuando me refiero a ciertos futbolistas de Francia como «negros» o «blancos», cuando hablo de «multirracialidad» o utilizo el adjetivo «racial», no estoy asumiendo ni proponiendo ninguna racialización positiva, mucho menos negativa, ni tan siquiera neutra. Como investigador de la realidad social, simplemente no puedo ignorar que existen personas y grupos étnicos que –a contramano del consenso científico actual– creen en la existencia de las razas y actúan con arreglo a dicha creencia, de forma racista o no. Por muy absurda y perniciosa que nos parezca, la racialización de identidades étnicas y/o grupos humanos con fenotipos comunes es un hecho histórico-sociológico. *Facts are facts*. Confundir la aprehensión de esa realidad objetivamente dada con una apología es incurrir en un paralogismo de falsa equivalencia, similar al de *matar al mensajero*.

*brutal*. Un testimonio elocuente de la mentalidad facha que, como una serpiente, sigue emponzoñando a amplios sectores de nuestra sociedad.

Pero ojo: hubo también una versión más *políticamente correcta* de este fenómeno, en boca de algunos segmentos de la progresía nacional y popular peronista, y de cierta izquierda campista. Esta versión «ilustrada», más «intelectual», que evita el lenguaje obscuro y agraviante, intenta disimular su racismo con denuncias demagógicas de mala fe contra Francia que ponen el acento en su presunto «neocolonialismo deportivo» reñido con el *fair play*. ¡La selección francesa de fútbol tiene que nacionalizar pibes africanos pobres o refugiados de sus excolonias para poder ser competitivos en los mundiales!, pontifican. Racismo *benevolente*, como se dice en la jerga de las ciencias sociales: creer y/o decir que no se es racista, pero sostener y reproducir estereotipos raciales. Racismo benevolente que echa mano, sin pudor, a una vulgata hipersimplificada de geopolítica y antiimperialismo, para llevar agua al molino del triunfalismo futbolero-patriotero. Pero racismo al fin de cuentas, como ya veremos.

### La sofistería de Laje

El conspicuo *youtuber* derechista Agustín Laje –¡cuándo no!– ha roto lanzas en defensa del susodicho cántico racista de algunos hinchas argentinos. Lo hizo el sábado 17 de diciembre, la víspera de la final mundialista, bajo el título “Mundial: Francia y la hipocresía progre”<sup>4</sup>. Su argumentación es falaz y maliciosa, como en todos los debates públicos donde interviene.

Para negar, minimizar o justificar –Laje es calculadamente ambiguo– el contenido discriminatorio del cántico, nos recuerda el proceder hegemónico y usurario de Francia en el África central y occidental a través del franco CFA (*franc de la communauté financière d'Afrique*), un régimen de moneda común que ha perpetuado, a través de distintos mecanismos financieros de *soft power*, la dependencia económica de Benín, Burkina Faso, Costa de Marfil, Malí, Níger, Senegal, Togo, Camerún, Chad, Gabón, República Centroafricana y Congo-Brazzaville luego del proceso de descolonización iniciado en la segunda posguerra (añádase a la lista dos países que no fueron colonias francesas: Guinea Ecuatorial y Guinea-Bisáu, otrora posesiones de España y Portugal, respectivamente).

He aquí lo más medular de su catilinaria, que no escatima en chicanas, sarcasmos y sobreactuaciones para la tribuna:

Francia demanda que el 50% de sus reservas, de las reservas de este tipo de países como Burkina Faso que utilizan el franco CFA, se queden en el tesoro francés. O sea, el oro que incluso niños explotan en Burkina Faso termina en las arcas francesas... ¡Y todos preocupados por si la selección francesa de fútbol va a ser ofendida por los hinchas argentinos en la final del mundial! A ver qué se va a decir sobre el origen de los jugadores franceses... Miren, la solución a estas cosas no consiste en llevar africanos a Europa, que es lo que se ha hecho, y es lo que el *establishment* progre ha venido aplaudiendo: ¡qué multidisciplinaria, qué multicultural, qué inclusiva, qué diversa es Francia, donde ya ni siquiera podemos reconocer a un francés! Donde incluso, cuando pierde Marruecos, en Francia, hay un estallido social. Sí, en Francia hay un estallido social porque pierde Marruecos, donde destruyen automóviles, comisarías, comercios, edificios públicos, monumentos públicos, porque pierde un país como Marruecos. ¡Pero qué progre que es Francia! Es indistinguible hoy el pueblo francés del pueblo africano, porque le han dado la bienvenida. ¡Qué buenos que son los franceses con los africanos! Que los hinchas argentinos de la selección de fútbol, por favor, no los molesten, no les digan nada feo... Miren, la solución no es importar africanos a Europa. La solución es quitar las garras de potencias europeas sobre países africanos. Todo lo demás es un cuento progresista. Y el domingo, que gane la selección argentina.

<sup>4</sup> <https://www.youtube.com/watch?v=kxY4wvmWpPk&t=5s>.

¿Tiene razón Laje en su denuncia contra el neocolonialismo francés? Sí, por supuesto (a su debido tiempo, volveremos sobre esta cuestión, que tiene múltiples aristas, y que de ningún modo se reduce a la dimensión monetaria-financiera que analiza el *influencer* argentino). Aunque claro: no parece muy coherente que un neoliberal acérrimo como Laje, que siempre ha endiosado al libre mercado, ahora se rasgue las vestiduras ante los abusos de un capitalismo financiero que tantas veces ha defendido a capa y espada. Tampoco parece coherente que un cruzado de los «valores occidentales y cristianos» quiera de repente, como si nada, darnos lecciones de antiimperialismo y antieurocentrismo. Laje es un camaleón, un oportunista, un pragmático maquiavélico que decidió acomodar *ad populum* –hábilmente, con astucia– su discurso en función de la coyuntura de fiebre futbolera mundialista que había en nuestro país. A nivel de *intención*, su crítica al neocolonialismo francés es más falsa que el beso de Judas. Lo cual no quita que el *contenido en sí* de dicha crítica sea acertado (pienso que lo es, en lo sustancial).

Ahora bien: de ello no se deduce que los jugadores negros y mulatos –o de ascendencia magrebí– de la selección francesa de fútbol sean «africanos nacionalizados» en vez de franceses nativos, ni tampoco que eso legitime un cántico racista. Como es su costumbre, Laje incurre en una falacia *non sequitur*. Sofista y demagogo, mezcla peras con manzanas, sin ton ni son, para embaucar a las masas y ponerlas de su lado. Inferir mecánicamente, linealmente, que existe un neocolonialismo deportivo, futbolístico, de Francia porque existe un neocolonialismo económico, financiero, de este país europeo, y no ofrecer más prueba de ello que la afrodescendencia de la mayoría de *Les Bleus* (sin tener en cuenta las dinámicas migratorias globales de las últimas décadas, sin comprender o considerar los procesos demográficos recientes de Europa y África), es un ejemplo bochornoso de pensamiento esquemático y paralógico.

### Redes sociales, redes cloacales

Lo penoso es que algunos sectores de la progresía y la izquierda campista han comprado este buzón de la derecha chovinista y racista. Aunque cueste creerlo, así ha sucedido. En las redes sociales, he visto muchas personas progresistas e izquierdistas repetir y viralizar a lo pavote la cantinela de que el seleccionado francés está repleto de «africanos nacionalizados»... Obviamente, en este caso no se habla de «negros», porque sonaría racista. Se habla de «africanos nacionalizados», al tiempo que se recuerda el pasado colonialista y el presente neocolonialista de una potencia europea y blanca como Francia, lo cual estaría en las antípodas –se dice abiertamente o se da a entender– de la actitud históricamente respetuosa y pacífica de una nación latinoamericana y mestiza como la Argentina, cuyo estado nunca habría sido expansionista ni racista en sus relaciones con las alteridades étnicas. En pocas palabras, un cóctel indigesto de racismo benevolente y *chamuyo* decolonial-latinoamericanista, puesto al servicio de la demagogia futbolera *nac & pop*.

Uno de los memes más difundidos muestra a los once titulares de *Les Bleus*, cada uno con su presunta bandera de «procedencia». Los jugadores blancos están señalizados con la famosa *drapeau bleu-blanc-rouge*, la tricolor de Francia, su país natal; mientras que los afrodescendientes aparecen diferenciados con los pabellones nacionales de sus progenitores o ancestros: Guinea, Camerún, etc. Griezmann, cuyo padre es alemán –y cuyos abuelos maternos inmigraron desde Portugal– se lo considera francés, porque nació en Francia y su tez es clara. Giroud, con sus dos abuelas italianas, también es reconocido como francés de pura cepa, por la misma razón: haber sido alumbrado en suelo francés y tener piel blanca. En cambio, los futbolistas afrodescendientes del equipo dirigido por Deschamps, no obstante su nacimiento y crianza en la Francia metropolitana o europea, son excluidos de la *francesidad*, debido a su condición racial. Si eso no es racismo, ¿qué es racismo?

También se viralizó este mensaje en Facebook: “Si no lo entendés, te lo explico con manzanitas. El ofendido serial norteamericano o europeo no entiende por qué Argentina no tiene jugadores de color. La respuesta es

simple. Argentina no tuvo tantos esclavos, nunca colonizó otros países y nunca dominó a otras culturas. Lo que sí hizo Argentina fue abrirle las puertas a cuanto inmigrante y refugiado hubo durante los últimos dos siglos, escapando de la guerra, la persecución y la miseria. Gente que la propia Europa expulsó y que Norteamérica no quiso aceptar. Agarrá un libro de historia, progre primermundista”. El autor de este posteo ofrece una visión «blanqueada» e idealizada de nuestro pasado nacional, con altas dosis de negacionismo histórico y mitologización romántica.

De acuerdo al censo realizado por orden del virrey Vértiz a fines del período colonial, allá por 1778, cerca del 30% de la población rioplatense que vivía dentro de lo que luego serían las Provincias Unidas –luego Confederación Argentina– era afrodescendiente, esclava en su inmensa mayoría, y liberta en menor medida: negros o *morenos*, mulatos o *pardos*, y también *zambos* (afroindígenas). Hacia 1838, cuando tuvo lugar el segundo censo de Rosas, ese segmento todavía representaba un 26%,<sup>5</sup> con una esclavatura nada desdeñable (contrariamente al mito, la esclavitud y la trata legales –la segunda de estas con intermitencias y subterfugios– persistieron mucho tiempo a la Asamblea del Año XIII y la proclamación de la libertad de vientres, hasta la sanción de la Constitución Nacional y la reincorporación de Buenos Aires a la Confederación Argentina tras la batalla de Pavón, 1853-61).<sup>6</sup> Como se ve, eso de que “Argentina no tuvo tantos esclavos” es discutible... Aunque claro, si comparamos el Río de la Plata no con Chile o Canadá, sino con regiones de la América tropical o subtropical donde predominó el régimen de plantación (el Caribe, Brasil, Guayanas, Guayaquil, el Sur Profundo de EE.UU.), se podría relativizar esos porcentajes: 30 ó 26 por ciento es bastante menos que 90, 80, 70, 60 ó 50 por ciento. Así y todo, un 30 ó 26% son cifras importantes, a las que no se debe infravalorar con ligereza. Que ulteriormente, la inmigración europea aluvial y el proceso de mestizaje, hayan difuminado el fenotipo negro/mulato, sus rasgos típicos más visibles, no significa que nuestra genética profunda, nuestro ADN, no tenga un componente afro. No existe en Argentina –y en ninguna parte del planeta– nada parecido a la «pureza racial». Diversos estudios científicos realizados en los últimos quince años, investigaciones biológicas sobre composición étnica promedio del genoma argentino, sugieren que la ancestría africana ronda hoy entre el 4 y 9% (la ancestría europea, entre el 52 y 67%; la indígena, entre el 27 y 31%).<sup>7</sup>

En cuanto a la afirmación de que Argentina “nunca dominó a otras culturas”, resulta tan ostensiblemente falsa que no vale la pena detenerse en ella. Es un chiste de mal gusto, charlatanería pseudohistórica. ¿Qué hay de la conquista del «Desierto» y el Chaco? ¿Los pueblos originarios de la Patagonia y el NEA (mapuches, tehuelches, guaycurúes, tobas, etc.) acaso no han estado sujetos a la dominación argentina?

En una nota del 21 de diciembre, *Página/12* informó que Coman y Tchouaméni, los jugadores afrodescendientes de Francia que fallaron en la definición por penales, han sufrido una catarata de agravios racistas y xenófobos por parte de muchos aficionados franceses.<sup>8</sup> De este lado del Atlántico, no pocos hinchas argentinos se sumaron al escarnio, mofándose de Coman y Tchouaméni. A su juicio, estos futbolistas «africanos» se merecerían el maltrato, por ser «cipayos», «lamebotas» o «mercenarios» de Francia que «traicionaron» a su «patria africana».

<sup>5</sup> “...los afroargentinos alcanzaron entre un 29,7% de la población en 1778 y un 26,1 del total en 1838”. Alí Delgado, “Un censo puede visibilizar, pero también hacer desaparecer”, en *El Grito del Sur*, 18 de febrero de 2022, disponible en <https://elgritodelsur.com.ar/2022/02/un-censo-puede-visibilizar-pero-tambien-hacer-desaparecer-censo-mirada-no-racista.html>. Véase también INDEC, “Historia de los censos – República Argentina”, [http://estadistica.tucuman.gov.ar/censo2010/historico\\_web\\_01.pdf](http://estadistica.tucuman.gov.ar/censo2010/historico_web_01.pdf). Allí se señala: “El censo de 1778 registró 186.526 habitantes para el Virreinato; más del 30% de ellos, afrodescendientes”.

<sup>6</sup> La bibliografía histórica sobre estos asuntos es muy abundante. Véase, por ej., esta obra clásica, pionera: George Reid Andrews, *Los afroargentinos de Buenos Aires, 1800-1900*, Bs. As., Ed. de la Flor, 1989 (1980).

<sup>7</sup> Cf. Neide Maria de Oliveira Godinho, “O impacto das migrações na constituição genética de populações latino-americanas”, tesis de doctorado, Universidad de Brasilia, 2008, [https://repositorio.unb.br/bitstream/10482/5542/1/2008\\_NeideMOGodinho.pdf](https://repositorio.unb.br/bitstream/10482/5542/1/2008_NeideMOGodinho.pdf). Sergio Avena *et al.*, “Heterogeneity in Genetic Admixture across Different Regions of Argentina”, en *PLoS ONE* 7(4), abr. 2012, <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0034695>. Julian Homburger *et al.*, “Genomic Insights into the Ancestry and Demographic History of South America”, en *PLoS Genet* 11(12), dic. 2015, <https://doi.org/10.1371/journal.pgen.1005602>. National Geographic, “Reference Populations – Geno 2.0 Next Generation”, 2016.

<sup>8</sup> <https://www.pagina12.com.ar/509821-racismo-contra-la-seleccion-de-francia-tras-la-final-del-mun>.



¿Cuál «patria africana»? Camerún, en el caso de Tchouaméni; y Guadalupe en el caso de Coman... ¿Pero Tchouaméni no es normando? ¿No es un joven nacido y criado en la muy francesa Ruan, la tradicional *Ciudad de los Cien Campanarios*, la legendaria urbe medieval de Rollón y sus vikingos, de las catedrales góticas y del martirio de Juana de Arco? Sí, pero no importa, porque su piel es morena... ¿Y Coman? ¿Acaso no es parisino? ¿No vino al mundo y no pasó toda su infancia y adolescencia en la mítica *Ciudad de las Luces*? ¿Su madre y su padre no son inmigrantes caribeños, oriundos de Guadalupe?<sup>9</sup> ¿La geografía más elemental no nos enseña que las Antillas están en América, no en África? Tampoco esto importa, porque los ancestros de Coman, hace siglos, fueron traídos a América como esclavos desde África, por lo que el delantero del Bayern Múnich y su familia serán eternamente del continente africano, nunca del continente europeo o americano. ¿Afro europeo o afro francés Coman? ¿Afroamericanos su padre y su madre? ¿Afrodescendientes él y su familia? ¡Pamplinas! Esa terminología etnográfica es un invento del «zurdaje intelectualoide», un eufemismo *woke*, diría con sorna Laje... Llamemos las cosas por su nombre: ¡africanos! ¡negros! La presencia de tantos «africanos» en la selección francesa es un «*curro* colonial». Así razonan los hinchas racistas albicelestes con *cabeza de termo* (permítaseme usar esta mordaz metáfora maradoniana). Cito un comentario anónimo que leí al pie de la nota de *Página/12*, como botón de muestra: “Que se la banquen si desean jugar para sus verdugos y olvidar tanto daño que hicieron a los africanos los franceses y cía.”.

Algo es seguro: ningún aficionado racista de Argentina o Francia le espetará a Griezmann *¡andate a Alemania o Portugal!*, ni a Giroud *¡volvete a Italia!* Piel clara, ojos celestes... La gran hermandad de la raza blanca los protege... En la derrota o el fracaso deportivos, su francesidad goza de inmunidad. Doble rasero, doble estándar... Así opera el racismo.

“Somos Francia, estamos luchando por nuestro país, por nuestro equipo. Estamos acá para enorgullecer a nuestro país”, declaró en la víspera de la final mundialista Dembelé, nacido en la pequeña localidad normanda de Vernon, a orillas del Sena, norte de Francia, a mitad de camino entre París y Ruan, zona rural dominada por el pintoresco paisaje de la campiña y el *bocage*. “¿Quién tiene el derecho de decirle a Dembelé que él no es francés y que Francia no es su país, como él mismo afirma?”, se pregunta Vardan Bleyan, un periodista deportivo argentino que citó ese testimonio en una nota para *Página/12* del 21 de diciembre, sugerentemente llamada “¿Por qué está mal decir que la selección de Francia ‘es africana’?”<sup>10</sup>.

“*Je suis parisien*”, “Soy parisino”, había declarado orgullosamente a fines de 2021 Mbappé, al referirse a su vínculo contractual y sentimental con el Paris Saint-Germain. Sin embargo, como constata Bleyan, “el racismo instalado no lo considera francés, al no coincidir con cierto estereotipo”, lo cual “no significa que los jugadores renieguen de los países de origen de sus familias o que no mantengan sus tradiciones y costumbres. Muchos de ellos son musulmanes, por ejemplo, por lo cual también son discriminados en Francia, pero eso no quita que sean y se sientan franceses”.

En su nota, Bleyan reproduce la opinión de una profesora de historia y activista antirracista, Mérida Doussou, afrodescendiente, a la que entrevistó especialmente en aquella oportunidad: “Se piensa que el francés tiene que ser definitivamente blanco y no se tiene en cuenta las grandes migraciones que hay por el imperialismo, tanto francés como europeo en general, que viene oprimiendo desde hace siglos a las naciones africanas, expoliando sus recursos naturales y dejando en la pobreza a grandes comunidades. Eso hace que muchos tengan que migrar, en condiciones inhumanas”. Volveremos sobre este crucial asunto más adelante.

<sup>9</sup> Todos los datos personales y profesionales sobre *Les Bleus* mencionados en este artículo los he extraído de *Wikipedia*, navegando a partir de la lista de 26 convocados que ofrece esta enciclopedia virtual, donde cada jugador tiene un enlace que remite a su biografía. La lista en cuestión figura dentro de la entrada sobre la selección francesa de fútbol, cuya dirección es la siguiente: [https://es.wikipedia.org/wiki/Selecci%C3%B3n\\_de\\_f%C3%BAtbol\\_de\\_Francia](https://es.wikipedia.org/wiki/Selecci%C3%B3n_de_f%C3%BAtbol_de_Francia). Algunos datos biográficos solo están consignados en las versiones inglesa y/o francesa de la *Wikipedia*.

<sup>10</sup> <https://www.pagina12.com.ar/508962-por-que-esta-mal-decir-que-la-seleccion-de-francia-es-africa>.

Complejicemos el debate con otro matiz: crece el fenómeno de los futbolistas europeos afrodescendientes que, no consiguiendo un lugar en sus selecciones nacionales, optan por nacionalizarse en los países africanos de sus ancestros, para así poder incorporarse a sus combinados y tener chances de participar en un mundial, el sueño dorado de todo jugador de fútbol (lo cual no excluye que también haya un sincero sentimiento de identificación y simpatía con la patria de sus mayores). Un caso notable es el de Túnez, que llegó a Catar con un plantel de doce jugadores europeos (*sic*) de ascendencia tunecina: diez franceses, un alemán y un danés. Vale decir que prácticamente la mitad del seleccionado tunecino de fútbol nació, se crió y se formó fuera de Túnez, en Europa. Hablamos de hijos o nietos de emigrantes tunecinos, que viven y juegan en Francia u otros países europeos desde la niñez. Los hinchas argentinos no se han cansado de denunciar, indignados, que la selección francesa está llena de «negros de las colonias», lo cual es objetivamente falso. ¿Denuncian también que la selección de Túnez está llena de europeos nacionalizados, lo cual es objetivamente cierto? Por supuesto que no. Dicen mentiras y callan verdades de acuerdo a su mezquina conveniencia futbolera-patrioter.

### ***The Washington Post* y la manzana de la discordia**

El jueves 8 de diciembre, la víspera del partido Argentina vs. Países Bajos por cuartos de final, el diario estadounidense *The Washington Post* publicó un artículo con un título provocador: “Why doesn’t Argentina have more Black players in the World Cup?”,<sup>11</sup> cuya traducción sería “¿Por qué Argentina no tiene más jugadores negros en la Copa del Mundo?”. La autora, Erika Denise Edwards, es una historiadora afroamericana que se desempeña como profesora en la Universidad de Texas, especializada en la historia de la comunidad afroargentina. Ha escrito el libro *Hiding in Plain Sight: Black Women, the Law and the Making of a White Argentine Republic* (Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2020), galardonado por la Asociación de Historiadoras Negras y la Asociación Occidental de Historiadoras con los premios Letitia Woods Brown y Barbara «Penny» Kanner.

El título y comienzo del artículo son engañosos. Cuando uno se sumerge en su lectura, no tarda en descubrir que la pregunta “¿Por qué Argentina no tiene más jugadores negros en la Copa del Mundo?” es solo una ironía. No obstante, debe admitirse que la afirmación inicial “En claro contraste con otros países sudamericanos, como Brasil, la selección argentina de fútbol palidece en lo que respecta a su *representación negra*” (las cursivas son mías), resulta confusa y poco feliz. Hace ruido.<sup>12</sup> A primera vista, pareciera que la autora estuviera planteando que existe en la *Albiceleste* un fenómeno de discriminación por sub-representación, y eso sería improcedente e injusto. Pero en realidad, si uno lee con cuidado y buena fe todo el texto, se da cuenta que Edwards no les reprocha a la AFA y Scaloni que su seleccionado no incluya afrodescendientes.

Lo que plantea es que, entre los millones y millones de *morochos* que integran la nación argentina, hay muchos de ascendencia africana, igual que de ascendencia indígena. Ahora bien: que tales afrodescendientes, como consecuencia de procesos demográficos como el mestizaje y la inmigración europea aluvial, no tengan

<sup>11</sup> <https://www.washingtonpost.com/made-by-history/2022/12/08/why-doesnt-argentina-have-more-black-players-world-cup/>.

<sup>12</sup> Creo que Edwards no buscaba allí expresar su opinión personal, sino *describir* una creencia colectiva, un prejuicio social. No hay derecho a *matar al mensajero*, pero es cierto que la autora pecó de imprecisión, de ambigüedad; y eso predispuso mal a quienes la leyeron fuera de su país, desde Argentina. El intelectual afroargentino Federico Pita, en una columna para *Página/12* llamada “Racismo mundial”, con fecha 27 de diciembre, le reprochó a Edwards –a quien conoce personalmente y aprecia– haber cometido “un error de principiante”. Le explica: “¡Amiga! ¿Cómo vas a comparar la realidad argentina en materia de representación negra con, nada más y nada menos, que Brasil... el país, fuera del continente africano, con mayor población negra de todo el mundo?”. A diferencia de Pita, yo no tengo claro que ella haya *opinado* eso. Podría estar *transmitiendo*, como investigadora, una opinión vulgar que le es ajena. Ciertamente, la redacción es confusa. Pero creo que, puesta en contexto, le corresponde al menos el beneficio de la duda. La susodicha columna de opinión de Pita puede leerse aquí: <https://www.pagina12.com.ar/508724-racismo-mundial>.



hoy un fenotipo (pigmentación, tipo de cabello, rasgos faciales, etc.) afro tan marcado o evidente como en otras épocas de nuestra historia (período colonial, siglo XIX, primeras décadas de la centuria pasada), o como en otras latitudes de nuestro continente (v. gr. el Caribe, Brasil o EE.UU.), no quiere decir que la genética y la cultura del pueblo argentino no tengan *en parte* raíces africanas. Por lo tanto, concluye la historiadora norteamericana, cabe suponer razonablemente que, entre los varios *morocho*s que dirige Scaloni, podríamos encontrar, si examináramos su ADN, afrodescendientes lejanos, aunque fenotípicamente –esto último lo infiero yo, no Edwards, pero entiendo que ella estaría de acuerdo– no se los pueda considerar negros o mulatos, al estilo de –por ej.– un Vinícius Júnior, el delantero del *Scratch* brasileño y del Real Madrid; o un Nicolás de la Cruz, el volante de la selección uruguaya que también juega en River.

El meollo de su planteo es que, por influjo de una ideología dominante racista y eurocéntrica, la República Argentina, históricamente, desde los tiempos fundacionales de Sarmiento y la Generación del 80, ha tendido a negar o borrar sus raíces africanas –también sus raíces indígenas y mestizas– por medio de narrativas de extinción o invisibilización, que incluyeron, por ejemplo, diversas prácticas de traslado estadístico en los censos nacionales. Esta *política de la memoria* halló en la historia oficial y la enseñanza escolar, potentes cajas de resonancia, sus dos mayores aliadas. Hubo así, en palabras de nuestra autora, un *whitening process*, un «proceso de blanqueamiento». Este fenómeno ideológico, que estuvo asociado al viejo elitismo de la oligarquía criolla pero también a la recepción de las nuevas ideas positivistas y socialdarwinistas en boga por Europa, se dio también en otros países latinoamericanos, con distintos grados y formas.

*Sin Permiso*, un semanario español de izquierda, publicó el 25 de diciembre una traducción del artículo de Edwards.<sup>13</sup> Extractaré, a continuación, lo más relevante a nuestros fines:

Mientras los aficionados siguen de cerca el éxito de Argentina en la Copa Mundial de este año, surge una pregunta familiar: ¿por qué no hay más jugadores negros en la selección argentina? En claro contraste con otros países sudamericanos, como Brasil, la selección argentina de fútbol palidece en lo que respecta a su representación negra.

La observación no es nueva. En 2014, los observadores lanzaron pullas sobre cómo hasta el equipo de fútbol de Alemania tenía al menos un jugador negro, mientras que parecía que Argentina no tenía ninguno durante la final de la Copa del Mundo de ese año. En 2010, el gobierno de Argentina publicó un censo que señalaba que 149.493 personas, muy por debajo del 1% del país, eran negras. Para muchos, esos datos parecían confirmar que Argentina era, de hecho, una nación blanca.

Sin embargo, unos 200.000 cautivos africanos desembarcaron en las costas del Río de la Plata durante el periodo colonial y, a finales del siglo XVIII, un tercio de la población era negra. De hecho, la idea de Argentina como nación blanca no sólo es inexacta, sino que habla claramente de una historia más prolongada de eliminación de los negros en el corazón de la autodefinición del país.

Señala Edwards que “Los argentinos disponen de varios mitos que supuestamente ‘explican’ la ausencia de argentinos negros”. Y luego, problematiza los dos mitos más difundidos: 1) la alta mortandad de esclavos y libertos en las guerras decimonónicas (guerra de Independencia, guerra contra el Brasil, guerras civiles, guerra del Paraguay), como infantería «carne de cañón»; y 2) las epidemias, especialmente la de fiebre amarilla (1871). “Estos y otros mitos sobre la ‘desaparición’ de los negros en Argentina”, critica Edwards, “sirven para obscurecer algunos de los legados históricos más perdurables del país”. La autora prosigue:

En realidad, Argentina ha sido hogar de muchos negros durante siglos, no sólo de la población esclavizada y sus descendientes, sino también de inmigrantes. Los caboverdianos empezaron a emigrar a Argentina en el siglo XIX con pasaporte portugués y luego entraron en el país en mayor número durante las décadas de 1930 y 1940 en busca de empleo como marineros y trabajadores portuarios.

<sup>13</sup> <https://www.sinpermiso.info/textos/por-que-no-tiene-argentina-mas-jugadores-negros-en-el-mundial>.

Pero los líderes argentinos blancos, como Domingo Faustino Sarmiento, expresidente de Argentina (1868-1874), elaboraron un relato distinto para borrar la negritud, pues equiparaban la modernidad con la condición de blancos. Sarmiento escribió *Facundo: Civilización y Barbarie* (1845), que detallaba el ‘atraso’ de Argentina y lo que él y otros percibían como la necesidad de ‘civilizarse’. Fue uno de los que compartieron una visión del país que lo asociaba más con la herencia europea que con la africana o amerindia.

Argentina abolió la esclavitud en 1853 en la mayor parte del país y en 1861 en Buenos Aires. Con su historia de esclavitud a la espalda, los dirigentes argentinos se centraron en la modernización, mirando a Europa como cuna de la civilización y el progreso. Creían que, para unirse a las filas de Alemania, Francia e Inglaterra, Argentina tenía que desplazar a su población negra, tanto física como culturalmente.

En muchos sentidos, esto no era algo exclusivo de Argentina. Este proceso de blanqueamiento se intentó en gran parte de Latinoamérica, en lugares como Brasil, Uruguay y Cuba.

[...] El expresidente Sarmiento comentó hacia finales del siglo XIX: ‘De aquí a veinte años será necesario viajar a Brasil para ver negros’. Sabía que existían argentinos negros, pero sugería que el país no los reconocería mucho tiempo más. El paisaje de Argentina se transformó pronto, ya que cuatro millones de inmigrantes europeos respondieron a la llamada del gobierno para emigrar entre 1860 y 1914.

Explica Edwards que, en ese contexto sociocultural de fuertes presiones racistas, muchas personas afrodescendientes, indígenas y mestizas de la Argentina decimonónica tendieron “a identificarse estratégicamente como blancas”, en la medida que su fenotipia les permitiera “asentarse en categorías raciales y étnicas más ambiguas”. ¿Cuáles? Por ejemplo, la categoría de *criollo* en sentido amplio, una categoría “de origen anterior a la inmigración, a menudo asociada a la ascendencia española o amerindia”. Otra opción habitual era la etiqueta de *morocho* (“de tono atezado”, en palabras de la autora). O bien, categorías como “*pardo* (de color marrón) y *trigueño* (de color trigo)”. Estos rótulos no dejaban de conllevar una alterización. Marcaban una otredad subalterna al interior de la sociedad argentina. No obstante, también servían para desmarcarse de la negritud y la afrodescendencia “en una época en la que esto era un imperativo del Estado”. La historiadora concluye que

A pesar de una historia, y de sus retazos, que han intentado borrar la negritud del país, la población negra de Argentina sigue existiendo, y cada vez son más los afrodescendientes que emigran a ella.

En la actualidad, los inmigrantes caboverdianos y sus descendientes suman entre 12.000 y 15.000 y viven principalmente en el área de Buenos Aires. En las décadas de 1990 y del 2000, los africanos occidentales empezaron a emigrar a Argentina en mayor número, a medida que Europa endurecía sus leyes de inmigración. Si bien el censo reveló que Argentina albergaba a casi 1.900 afrodescendientes en 2001, esa cifra casi se había duplicado en 2010. En los últimos 10 años, los afrodescendientes de otros países latinoamericanos como Brasil, Cuba y Uruguay también han entrado cada vez más en Argentina en busca de oportunidades económicas.

Esta historia deja claro que, aunque en la selección argentina de fútbol no haya afrodescendientes ni personas que la mayoría consideraría negras, tampoco es un equipo *blanco*.

Aunque Argentina ha suprimido las categorías raciales en su afán por ser vista como una nación moderna y blanca, la presencia de personas calificadas de *morocho* supone un guiño a esta historia de eliminación de los negros y los indígenas. *Morocho*, una etiqueta inofensiva, sigue utilizándose hoy en Argentina. Este término, que hace referencia a los que son ‘atezados’, se ha utilizado como forma de distinguir a las personas no blancas.

Es probable que a varios jugadores del equipo de hoy se les describa como *morocho* en Argentina. Entender esta historia revela una Argentina mucho más diversa de lo que mucha gente suele asociar con ella. También señala los esfuerzos concertados para borrar y minimizar la negritud en los intentos de crear lo que muchos de los líderes de la nación percibían como una nación moderna.

Huelga aclarar que Edwards, al poner el foco en la historia del racismo en Argentina y escribir al respecto, no pretende ocultar ni minimizar –creer lo contrario es incurrir en una falacia *ex silentio*– la historia del racismo en Estados Unidos, su patria, signada primero por el régimen esclavista de plantación, luego por las leyes segregacionistas de Jim Crow, y finalmente por esa inercia social de violencias o discriminaciones de carácter informal (brutalidad policial, estratificación residencial, desigualdad de ingresos, asimetrías en el acceso a la salud y la educación, sobrerrepresentación en la población carcelaria, etc.) que hoy denuncia el movimiento Black Lives Matter. Como afroamericana e historiadora que es, ella simplemente se ha interesado y especializado en la investigación de la afrodescendencia en el Río de la Plata.

Pero claro: los hinchas albicelestes con cabeza de termo no leyeron el artículo en inglés. Tampoco una traducción, pues ningún diario grande de Argentina publicó una. La prensa vernácula hizo lo que era más fácil y previsible: explotar con malicia sensacionalista el artículo de *The Washington Post*. Le dio un sentido literal al título y citó de forma descontextualizada algunas pocas frases. Dicho de otro modo, montó un espantapájaros, un muñeco de paja. El artilugio surtió efecto: la tormenta de indignación de las masas futboleras no tardó en desatarse, con todo su repertorio de memes «ingeniosos» –sarcásticos– forjados en las fraguas de la *viveza criolla*. ¡Una progre de Yanquilandia dándonos un sermón de historia argentina y ética inclusiva! ¡Qué caradura! ¡Qué puede saber esa gringa de nuestro glorioso pasado y de nuestra excepcional idiosincrasia? ¿Por qué no se ocupa del racismo que hubo y hay en su país, Ku Klux Klan, crimen policial de George Floyd y demás? Nadie leyó a Edwards. Se la prejuizó en base a lo que la prensa argentina (des)informó. No se tuvo en cuenta la ironía del título del artículo. Mucho menos su contenido. La mayoría supuso, además, que Edwards debía ser una blanca hipócrita, cuando en realidad es una mulata orgullosa de su afroamericanidad, comprometida con la causa del antirracismo en su país... ¡Cuánto prejuicio en Argentina! ¡Cuánta ignorancia y estulticia supinas!

No obstante, la postura historiográfica de Edwards según la cual hubo en el Río de la Plata un proceso de blanqueamiento –tesis que tiene, por cierto, gran cantidad de defensores en las universidades argentinas y el CONICET– resulta problemática si se la asume de forma radical, extrema, como suele suceder. Tal postura debe ser matizada con medida crítica, a través de una perspectiva macrocomparativa atenta a los cambios diacrónicos de Argentina y las diferencias regionales de América.<sup>14</sup>

### ¿Derecho de suelo según la raza?

Digámoslo con claridad: casi todos los jugadores afrodescendientes de Francia son europeos, 100% franceses, pues nacieron y se criaron en Francia. No en la Francia de ultramar, precisemos, sino en la Francia metropolitana o europea.

Entre los 26 *Bleus* seleccionados por Deschamps para este último mundial había ocho blancos (Lloris, Pavard, Rabiot, Griezmann, Giroud, los hermanos Hernández y Veretout) y 17 afrodescendientes (incluyendo los dos que tienen ancestros magrebíes, a saber: Guendouzi, hijo de un marroquí; y Benzema, último balón de oro, nacido en el seno de una familia inmigrante argelina, quien finalmente no viajó a Catar por una presunta lesión). Sin embargo, solo había dos africanos nacionalizados: Mandanda, el arquero suplente, oriundo de la República Democrática del Congo (ex Zaire); y Camavinga, el mediocampista del Real Madrid, que nació en Angola. ¿Marcus Thuram? El hijo del legendario Lilian Thuram, es extranjero nacionalizado, aunque no nació en África, sino en Italia, en el seno de una familia afrocaribeña procedente de Guadalupe y Martinica (cuyos habitantes, por lo demás, gozan de la ciudadanía francesa por nacimiento). El resto nació en la Francia europea: Mbappé, Koundé, Konaté, Coman y Fofana en París; Disasi, Saliba,

<sup>14</sup> Eso intentaré hacer en el *post scriptum*, no en un próximo apartado porque sería demasiado digresivo.

Guendouzi y Kolo Muani, en localidades aleñadas o cercanas a la capital francesa (dentro de lo que tradicionalmente se conoce como *Île-de-France*); Varane, en Lille, *Hauts-de-France*, aunque de todos modos su ascendencia es afrocaribeña, no africana; Upamecano, Tchouaméni y Dembélé, en Normandía.<sup>15</sup>

¿Entonces? El *ius soli*, el derecho de suelo, la nacionalidad en función del lugar de nacimiento es, para el chovinismo futbolero argentino, un privilegio de la raza blanca. No se lo explicita, desde luego. Pero está implícito. Sobrevuela. A nadie se le ocurriría discutir la nacionalidad argentina de los jugadores de nuestra selección aduciendo que muchos de ellos tienen –de hecho es así, como reflejan sus apellidos– ascendencia gringa o europea: italiana (Tagliafico), polaca (Foyt), irlandesa (Mac Allister), etc. Si nacieron en territorio argentino, son argentinos y punto, porque «la tierra manda». En cambio, a los futbolistas afrodescendientes de Francia parece no corresponderles el *ius soli*, sino solamente el *ius sanguinis*. No importa dónde hayan nacido ni dónde se hayan criado. Siempre serán «africanos nacionalizados» o «negros de las colonias», porque «la sangre tira». Tal es la creencia tácita. Resulta difícil no entrever detrás de este absurdo y repudiable criterio de doble vara, una reminiscencia, un eco lejano e inconsciente, del ideologema bíblico de la maldición y marca de Caín, uno de los pilares tradicionales del racismo blanco en el Occidente cristiano.

¿Cuántos jugadores de la selección argentina de fútbol que salió subcampeona en el primer mundial (Uruguay 1930) eran hijos o nietos de inmigrantes? Con toda seguridad la mayoría, teniendo en cuenta que el censo de 1914 había arrojado un 30% de población extranjera,<sup>16</sup> y que entre los apellidos del plantel predominaban con holgura los de origen italiano. ¿De esto se colige que Argentina logró el subcampeonato mundialista del 30 haciendo trampa o de modo ventajero, nacionalizando gringos? Claro que no. Con excepción de Pedro Suárez, el mediocampista español de Boca Juniors, todos los jugadores del seleccionado eran argentinos por nacimiento.<sup>17</sup> Descendientes de europeos muchos de ellos, sí. Pero argentinos al fin de cuentas. Lo que importa es el *ius soli*...

Leandro Paredes, nacido y criado en la zona oeste del Conurbano bonaerense, es hijo de una inmigrante paraguaya que le enseñó a hablar guaraní. ¿Lo vamos a considerar argentino o «paraguayo nacionalizado»? Algunos alegarán que la comparación no es válida, porque Argentina ha tratado siempre al Paraguay como una nación hermana, algo que no se podría decir de Francia respecto a sus antiguas colonias o protectorados africanos: Argelia, Túnez, Senegal, Costa de Marfil, etc. ¿Nos olvidamos de la guerra de la Triple Alianza, donde argentinos, brasileños y uruguayos se coaligaron para invadir y devastar a la república paraguaya, cercenando su territorio a casi la mitad, diezmado su población –hasta niveles de catástrofe demográfica– y dejando postrada su economía durante décadas? ¿Cuál sería el abismo moral que separaría este accionar fratricida del que tuvo la Francia imperialista en el África magrebí, occidental y ecuatorial?

El centrodelantero *Pipita* Higuaín nació en Brest, Francia, allá por 1987, cuando su padre –el zaguero *Pipa* Higuaín– jugaba en el club bretón Stade Brestois 29. Pero a los pocos meses se vino con su familia a Buenos Aires, se nacionalizó argentino, se formó y explotó en River Plate, triunfó luego en Europa (Real Madrid, Napoli, etc.) y jugó para nuestra selección, de la que llegaría a ser uno de sus máximos goleadores históricos. No tuvimos escrúpulos de purismo telúrico en relación a este europeo nacionalizado... Celebramos que fuera *nuestro*. Se adujo que era hijo de argentinos y que se había criado en Argentina, credenciales suficientes para ser considerado un compatriota de pleno derecho. Sin embargo, no razonamos

<sup>15</sup> Si hacemos bien el cálculo (26 – 8 – 17), nos damos cuenta que falta un jugador: el guardameta suplente Alphonse Areola. Areola es francés, pero no blanco, ni afrodescendiente. Es de ascendencia filipina, y Francia nunca colonizó Filipinas (a diferencia de algunas Antillas). Sus progenitores emigraron desde el Sudeste Asiático hacia París a comienzos de la década del 90. Alphonse nació y se crió en la capital francesa, se formó en la cantera del PSG y debutó profesionalmente en el Racing de Lens. Hoy ataja en el West Ham United de la Premier League. Toda su vida ha transcurrido en Europa.

<sup>16</sup> Cf. [http://www.migraciones.gov.ar/pdf\\_varios/estadisticas/Censos.pdf](http://www.migraciones.gov.ar/pdf_varios/estadisticas/Censos.pdf).

<sup>17</sup> Véase la entrada de *Wikipedia* sobre la partición de la selección argentina en el campeonato mundial de fútbol de 1930: [https://es.wikipedia.org/wiki/Argentina\\_en\\_la\\_Copa\\_Mundial\\_de\\_F%C3%BAAtbol\\_de\\_1930](https://es.wikipedia.org/wiki/Argentina_en_la_Copa_Mundial_de_F%C3%BAAtbol_de_1930).

del mismo modo con Mbappé, cuya nacionalidad francesa no solo cumple con todos los requisitos que destacamos en la argentinidad de Higuaín, sino que también presenta un plus: la nacionalidad francesa de Kylian es *por nacimiento*, mientras que la del Pipita es *por adopción*. Así y todo, ponderamos a Higuaín como 100% argentino, mientras que a Mbappé lo consideramos un francés a medias, un franchute de segunda. ¿Por qué? Porque es «africano», vale decir, afrodescendiente.

No viene mal recordar que tanto Francia, a nivel mundial, como Argentina, a nivel regional, han sido ejemplos modélicos de *ius soli*. Francia lo es desde la modernidad temprana (siglo XVI), pero especialmente luego de la Revolución Francesa, con el Código Civil napoleónico (1804), de amplia proyección universal, especialmente en América Latina. Argentina, por su parte, lo es desde sus orígenes como estado independiente, algo que quedó debidamente consagrado en su Constitución Nacional (reforma de 1860), art. 61, inc. 11: “Corresponde al Congreso (...) Dictar (...) especialmente leyes generales para toda la Nación sobre ciudadanía y naturalización, con sujeción al principio de la ciudadanía natural” (léase: derecho de suelo), sobre la base del precedente de la ley 145 (1857) de la Confederación Argentina; posteriormente ratificada y desarrollada en ley 346 (1869), norma clásica, que por más tiempo ha regulado la nacionalidad en nuestro país.<sup>18</sup>

¿Qué lección sacar de todo esto? Básicamente dos:

Primero, que Francia, con el *ius soli*, no sacó ningún conejo de la galera recientemente por razones de ventajismo deportivo. Es una tradición jurídica antiquísima e ilustre, que se remonta al Renacimiento. Por lo tanto, no solo es anterior al fútbol, que surgió en el siglo XIX, sino anterior a la primera expansión colonial francesa en África, que data del siglo XVII.

Segundo, que el *ius soli* no es una «excentricidad» francesa, sino un principio jurídico vigente en gran parte del mundo, desde la Norteamérica anglosajona hasta Australia y Nueva Zelanda, desde las Islas Británicas hasta Irán, desde Alemania hasta Tanzania, desde Chile hasta Pakistán y la India. También la propia Argentina, que ha sido un faro irradiador del derecho de suelo en toda América Latina, desde mediados del siglo XIX.

Que nada quede sin decir: a fines de enero, cuando la borrachera triunfalista por el mundial de Catar aún pervivía en Argentina, la desazón por la sorpresiva debacle de la selección sub 20 en el Campeonato Sudamericano de Colombia –quedó eliminada prematuramente– se vio compensada por el fenómeno noticioso de los *europibes* del Chiqui Tapia: exultantes, con bombos y platillos, los medios informaron que el presidente de la AFA se viene ocupando diligentemente de captar juveniles europeos con ascendencia argentina que prometen convertirse en *cracks*. ¿Ejemplos? El enganche Nico Paz, nacido y criado en España, jugador de la cantera del Real Madrid, hijo del exfutbolista argentino Pablo Paz, con una actuación destacada en el equipo de Mascherano (que contrastó con el bajo nivel de la mayoría de sus compañeros). También lo tenemos a Alejandro Garnacho, otro *europibe* de origen ibérico (nacido en Madrid, madre argentina, 18 años), quien juega de delantero en el Manchester United y que acaba de ser convocado por Scaloni. Sumemos otro nombre a la lista: Luka Romero, el mexicano oriundo de Durango que hoy juega en la Lazio de Italia y que antes jugara en el Mallorca de España (se crió en México y España, en el seno de una familia inmigrante procedente de Argentina que se mudó de Durango a Andalucía, y de Andalucía a las Baleares).<sup>19</sup> Huelga aclarar que los hinchas argentinos no tienen pruritos con que los *europibes* elijan ponerse la camiseta albiceleste en vez de las casacas de aquellos países donde nacieron y se criaron. Se los considera con orgullo

<sup>18</sup> Véase Pedro E. Egea Lahore, “Derecho de nacionalidad argentino”, en *Anuario de Derecho Civil*, fasc. 4, 1979, pp. 801-826, disponible en [https://www.boe.es/biblioteca\\_juridica/anuarios\\_derecho/articulo.php?id=ANU-C-1979-40080100826](https://www.boe.es/biblioteca_juridica/anuarios_derecho/articulo.php?id=ANU-C-1979-40080100826).

<sup>19</sup> Con respecto al fenómeno de los *europibes*, véase Irati Prat, “Nico Paz tumba la barrera de los ‘europibes’ en Argentina”, en *Marca*, 28 de enero de 2023, <https://ar.marca.com/claro/futbol/seleccion-argentina/2023/01/28/63d52358e2704e9fbc8b4578.html>.



100% compatriotas, aunque nunca hayan vivido en Argentina... Algo así como un *irredentismo futbolero*, en vez de territorial (se habla con regodeo y presunción de «operativos seducción»). Pero si Francia u otra potencia rival<sup>20</sup> salen a la pesca de juveniles extranjeros amparándose en el principio del *ius sanguinis*, entonces los hinchas argentinos ponen el grito en el cielo y denuncian «rapiña». Conclusión: *¡haz lo que yo digo, pero no lo que yo hago!* Camaleonismo en su máxima expresión.

## Racismo en Francia

El racismo xenófobo –ya lo dijimos– también tiene su legión de *haters* o *trolls* dentro de la propia Francia: lepenistas y otros derechistas o conservadores que añoran la época donde el seleccionado francés tenía pocos o ningún negro, aunque tal «pureza racial» conllevara no poder ganar ningún mundial. En un país tradicionalmente inclinado más hacia el ciclismo y el rugby, no son tantos esos nostálgicos entre los futboleros, porque muchos de estos pertenecen a las minorías inmigrantes (el 20% de la población, contando a la segunda generación)<sup>21</sup>. Por otra parte, pocos de los futboleros blancos de Francia estarían dispuestos a pagar el costo deportivo de la segregación racial, que sería catastrófico para *Les Bleus*. ¿Qué duda cabe de que las dos estrellas de campeón (1998 y 2008) que adornan la casaca francesa son logros aún recientes para la historia del fútbol, fuertemente asociados a la política de apertura multirracial implementada desde los años 90? Francia es una potencia futbolística relativamente nueva, desde hace solo 25 años, desde los tiempos de Thierry y Thuram padre. La Francia blanca de la era Platini (1977-86) era un muy buen equipo, pero no una potencia mundial...

Aunque claro, así las cosas, el racismo futbolero francés permanece en estado latente, agazapado, esperando una oportunidad para tirar el zarpazo. ¿Cuándo? Cuando se produce un revés deportivo y las masas buscan un chivo expiatorio. La negritud o afrodescendencia «perdonadas» o «toleradas» en los momentos de bonanza, se vuelven objeto de recriminación violenta en los momentos de infortunio, como tras la derrota con Argentina en la final de Catar. Si no, pregúntenles a Coman y Tchouaméni, que fueron sometidos a escarnio en las redes sociales por su mala puntería en los penales.

Moraleja: también en Francia –no solo en Argentina– hay hinchas con cabeza de termo permeados por la cultura del odio: xenofobia, racismo, islamofobia.

El periodista Vardan Bleyan –ya lo citamos–<sup>22</sup> nos recuerda un dato periodístico de archivo, que hace más de una década generó un escándalo nacional e internacional:

Francia, el país que acuñó para la historia de la humanidad los Derechos Universales del hombre, intentó impedirles a personas que nacieron y se criaron en su país –y que eligen defender su camiseta– representar a su selección. Fue en 2011 en reuniones de la Federación Francesa de Fútbol (FFF).

<sup>20</sup> Que Italia haya convocado recientemente a Bruno Zapelli de Belgrano (para su selección sub-20) y Mateo Retegui de Tigre (para su combinado mayor) no ha caído bien a muchos hinchas argentinos... Lo cierto es que los *operativos seducción* para conseguir extranjeros –o retener nativos «en riesgo»– son hoy un fenómeno generalizado en el fútbol de selecciones. Las pujas entre las asociaciones nacionales de balompié son cada vez más frecuentes e intensas: Argentina le escamotea Garnacho a España, Italia le escamotea Retegui a Argentina, etc. El periodista deportivo Hernán Claus escribió el 3 de marzo una nota para *Olé* que tituló, sintomáticamente, “Garnacho y Retegui, la nueva normalidad en el fútbol”. En esta *nueva normalidad*, nadie está libre de pecado ni puede tirar la primera piedra (Argentina, cuanto menos, seguro que no). “Por eso –señala Claus– en las federaciones hoy son muy importantes los departamentos de *scouting* para encontrar en diferentes países perlas que tienen raíces de otros. En AFA están trabajando más que bien Bernardo Romeo y Juan Martín Tassi, quienes buscan en Europa y Estados Unidos a jóvenes que se fueron muy chicos de nuestro país o como el caso de Garnacho, que no nacieron en la Argentina pero son hijos de un/a compatriota. Luka Romero, Nico Paz o los hermanos Carboni son algunos de los ejemplos de pibes que en el día de mañana serán parte de las Juveniles o la Mayor de nuestro país”. Disponible en [https://www.ole.com.ar/opinion/opinion-garnacho-retegui\\_0\\_XiwhEcvITf.html](https://www.ole.com.ar/opinion/opinion-garnacho-retegui_0_XiwhEcvITf.html).

<sup>21</sup> Datos oficiales del Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos (INSEE, por sus siglas en francés). Véase <https://www.insee.fr/fr/statistiques/3633212> y <https://www.insee.fr/fr/statistiques/2575541>.

<sup>22</sup> *Vid.* nota 10.

Mohammed Belkacemi, miembro de esa entidad, grabó una de esas reuniones con el argumento de que había escuchado comentarios que eran “irrepetibles”.

En los audios, que presentó en la Justicia, y que luego se filtraron a la prensa, se puede escuchar al por entonces director técnico nacional, François Blancquart, proponer topes máximos para limitar la cantidad de jugadores con doble nacionalidad. Laurent Blanc era el entrenador en ese momento: “Actualmente, los grandes y potentes son los negros. Es así. Es un hecho. Dios sabe que en los centros de formación, en las escuelas de fútbol hay muchos (negros). Creo que hay que buscar otros criterios, modificados con nuestra propia cultura”, dijo en esa reunión.

Se abrió una investigación interna en la Federación e intercedió el gobierno nacional. El argumento de Blanc fue que él quería jugadores más ligeros y técnicos y su modelo era Samir Nasri, de padres argelinos. Esto último lo decía para demostrar que no era discriminatorio con los extranjeros. El Ministerio de Deportes y la FFF lo eximieron, pero Blancquart fue suspendido y luego despedido de su cargo.

La ultraderecha francesa con Jean-Marie Le Pen, padre de la diputada con la misma orientación ideológica, Marine Le Pen, a la cabeza, ha criticado a los futbolistas afrodescendientes y/o musulmanes que jugaban para la selección gala. Los ha llamado extranjeros e incluso ha pedido públicamente que dejen de jugar para Francia, como sucedió con Karim Benzema, musulmán hijo de argelinos, hace unos años.

No descubrimos la pólvora si constatamos que hay racismo y xenofobia en Francia, como en Argentina (y no menos que en Argentina). Otra verdad de Perogrullo: allá, igual que aquí, el fútbol, *pasión de multitudes*, deporte de masas por excelencia del capitalismo globalizado posmoderno, tiende fácilmente a absorber, reproducir y amplificar los prejuicios discriminatorios y la cultura del odio.

### El boom de los nacionalizados

Pero un hincha racista de la *Albiceleste*, porfiado en su encono futbolero contra los «franchutes», podría aducir: *todo muy lindo, pero lo cierto es que, en el último mundial, Francia compitió con tres jugadores nacionalizados, mientras que Argentina no tuvo ninguno*. Esto es cierto, pero precisa un contexto. Hay que tener cuidado con las verdades a medias...

Bleyan comienza su artículo con varias citas, a modo de termómetro social: “No son franceses, son africanos”, “es una selección africana” o “los únicos franceses son Griezmann, Giroud, Lloris y un par más”. Frases como estas, comenta el autor, “se leen y se escuchan desde hace años en las redes sociales y a veces de parte periodistas de diferentes partes del mundo. Desde la derrota en la final del Mundial ante Argentina, Kingsley Coman y Aurelien Tchouameni, quienes no convirtieron en la tanda de penales, son víctimas de un violento ataque racista en las redes sociales”. Paralelamente, “En Argentina y de cara al Mundial Qatar 2022 se les compuso una canción racista –que también tiene referencias transfóbicas por la supuesta relación entre Mbappé y la modelo transgénero Inés Rau–, que se tornó tristemente popular”. Ya conocemos la letra de ese cántico futbolero... “La cantidad de futbolistas afrodescendientes que hay en la selección francesa incomoda y/o enoja a algunos”, señala Bleyan. “La nota del *Washington Post*, que tiene algunas cuestiones muy debatibles, indignó a muchos argentinos porque se sintieron llamados racistas. Sin embargo, y más allá de un título engañoso o al menos equívoco, el artículo lo que intenta es demostrar que es un mito que Argentina ‘sea un país blanco’”, enteramente europeo en su genoma y cultura.

“De los 26 convocados por Didier Deschamps –finalmente quedaron 24 por las lesiones– 14 son afrodescendientes”<sup>23</sup>, puntualiza el periodista deportivo. “Pero, al contrario de lo que está instalado en el

<sup>23</sup> Bleyan comete el desliz de no contabilizar, entre los *Bleus* afrodescendientes, a los jugadores de ascendencia magrebí (Marruecos y Argelia también son parte de África). Tampoco parece tener en cuenta a Saliba, quien, si bien no es negro ni mulato, y si bien tiene un apellido árabe y padre libanés, es hijo de una camerunesa. Por eso la suma le da 14, en vez de 17.

imaginario colectivo, solo tres futbolistas de la selección de Francia no nacieron en territorio francés y son nacionalizados [...]. De hecho, hay otras 13 selecciones de las clasificadas al Mundial que convocaron más jugadores nacionalizados que *Les Bleus*”.

Bleyan tiene razón: el *boom* de los jugadores nacionalizados en las selecciones mundialistas de fútbol es un fenómeno generalizado. Francia no constituye ningún caso anómalo o excepcional. De hecho, muchos otros países la han sobrepasado en Catar 2022.

Los datos que mencionaré a continuación los he tomado de una nota del periodista Alberto Rubio para el diario deportivo *Marca* de España, aparecida el 19 de noviembre bajo el título “El Mundial más mundial: la historia de los 137 nacionalizados de Qatar 2022”. Su lectura es altamente recomendable.<sup>24</sup>

En la Copa del Mundo de 2010 (Sudáfrica), había 77 futbolistas nacionalizados. Esa cifra se elevó a más de 80 en los mundiales de Brasil 2014 y Rusia 2018. En Catar 2022, la tendencia alcanzó un nivel explosivo: ¡137!

¿Cuáles son las selecciones mundialistas de Catar 2022 que tuvieron más nacionalizados? Llamativamente, con una cifra superior a la decena, encontramos a Marruecos (14), Túnez (12) y Senegal (12). Ninguna ex metrópoli europea con veleidades neocoloniales. Todas selecciones africanas.

Pero bajemos un escalón: diez nacionalizados. En este peldaño, tenemos a Gales y Catar. El caso catarí es de sobra conocido: se trata de un minúsculo reino árabe y «paraíso petrolero» del Golfo Pérsico un tanto artificial como nación independiente, con casi un 90% de su población conformada por trabajadores temporarios extranjeros, en su mayoría provenientes del Indostán.<sup>25</sup> No sorprende, por lo tanto, que su selección de fútbol cuente con un 38% de cataríes no nativos. La demografía siempre impone límites y presiones... Por su parte, Gales tiene nueve ingleses y un alemán nacionalizados. ¿Por qué tantos ingleses? Hablamos de futbolistas que son descendientes de inmigrantes galeses, o que juegan desde hace varios años en clubes de Gales, donde están radicados. Sin negar o subestimar las motivaciones altruistas como la *lealtad de diáspora* con la tierra ancestral o la *gratitud de migrante* con la nación anfitriona/patria adoptiva, no se puede desconocer un componente más pragmático, asociado a las expectativas profesionales: dado que conseguir un lugar en una potencia futbolística como Inglaterra resulta muy difícil debido al alto nivel de competitividad, algunos jugadores de nacionalidad inglesa ven en Gales una oportunidad para poder participar en la Eurocopa o la Copa del Mundo.

Entre las selecciones mundialistas de Catar con menos de diez y más de cinco nacionalizados, se hallan Australia y Camerún, con nueve; Ghana, con ocho; y Portugal, Croacia y Canadá, con siete. De todos estos países, solo Portugal es un estado occidental con pasado colonialista en África. Canadá y Australia son países occidentales con nefastos antecedentes de *colonialismo interno*, es cierto: invasión, genocidio, despojo, aculturación, esclavitud y segregación contra los pueblos originarios. Pero este prontuario no da cuenta del componente de futbolistas nacionalizados –afrodescendientes o no– que tienen sus selecciones, puesto que no hablamos de jugadores indígenas o aborígenes, sino de inmigrantes venidos desde otros estados. Países casi siempre muy lejanos (mayormente del continente africano, la ex Yugoslavia y Gran Bretaña), que en ningún caso han sido víctimas de nada semejante a un «imperialismo» australiano o canadiense.

Las selecciones mundialistas de Catar cuyo número de nacionalizados osciló entre cinco y tres fueron EE.UU. (5), Serbia (4), Francia y Suiza (ambas con 3). Con la cifra de dos, tenemos a España, Alemania, Polonia y un conjunto sudamericano: Ecuador. Con un solo futbolista nacionalizado se presentaron los seleccionados europeos de Inglaterra, Países Bajos, Bélgica y Dinamarca; los latinoamericanos de Uruguay, México y Costa Rica; y los asiáticos de Japón e Irán.

<sup>24</sup> <https://www.marca.com/futbol/mundial/2022/11/19/6377cd0aca4741836e8b4582.html>.

<sup>25</sup> Cf. <https://priyadsouza.com/ave-qataris-always-been-a-minority-in-their-own-country>.

Argentina pertenece al grupo minoritario de países –cuatro– con planteles íntegramente nativos. De ese grupo también forman parte Brasil, Corea del Sur y Arabia Saudita.

Como se ve, la selección francesa está lejos de ser un ejemplo de uso «ventajero» o «abusivo» de jugadores nacionalizados. En Catar 2022, prácticamente la mitad (14) de sus competidores tuvieron una cantidad superior o equivalente de extranjeros ciudadanizados: Marruecos, Túnez, Senegal, Gales, Catar, Australia, Camerún, Ghana, Portugal, Croacia, Canadá, Estados Unidos, Serbia y Suiza. De hecho, fueron varias las selecciones que duplicaron, triplicaron y hasta cuadruplicaron el número de nacionalizados de Francia, incluyendo antiguas colonias y protectorados de esta potencia europea. En efecto, Marruecos, Túnez, Senegal y Camerún, otrora territorios del imperio francés en África, fueron a Catar con planteles donde había entre 9 y 14 nacionalizados, mientras que entre *Les Bleus* solo había tres.

El sentido común del hincha argentino promedio ofuscado con Francia no resiste un análisis serio. Discurre en una realidad paralela de prejuicios y mitos.

Y sin embargo, no lo hemos dicho todo: Francia es el país que aportó más jugadores nacionalizados a las selecciones mundialistas de Catar 2022. Fueron 37 (*sic*) los futbolistas franceses que compitieron en la última Copa del Mundo bajo una bandera distinta a la de su tierra natal. ¿Cómo sigue el *ranking*? Ingleses, 17; alemanes y españoles, 7; neerlandeses y belgas, 5; suizos, bosnios y escoceses, 4; italianos, croatas, brasileños, argentinos y sudaneses, 3; y diversas nacionalidades con dos o solo un futbolista expatriado en otra selección.

Claramente, el continente que suministró más jugadores nacionalizados a Catar 2022 fue Europa: algo más de un centenar (aprox. un 75%). Por supuesto que –todos lo notamos viendo los partidos por TV– esos futbolistas europeos que jugaron para selecciones de países adoptivos son, en su mayoría, afrodescendientes, hijos o nietos de inmigrantes africanos. Pero lo cierto es que nacieron y se criaron en Europa, y eso es lo que cuenta, en términos estrictamente futbolísticos (aunque luego vamos a matizar y problematizar esta afirmación a la luz de un *contexto extradeporativo*: procesos históricos, realidades socioeconómicas, coordenadas geopolíticas que exceden al fútbol y lo determinan a través de límites o presiones estructurales). Por el contrario, los africanos nacionalizados en Catar 2022 fueron solamente 19.

¿En qué planteles mundialistas participaron los 37 franceses –todos afrodescendientes, incluyendo los de ascendencia magrebí– que llegaron a Catar en calidad de futbolistas expatriados? La inmensa mayoría (33) jugó para selecciones africanas: Túnez (10), Senegal (9), Camerún (8), Ghana (4) y Marruecos (2). Son países árabes y subsaharianos de donde generalmente provienen las familias y los antepasados de los jugadores en cuestión. Todos esos países de África fueron colonias o protectorados de Francia, salvo Ghana (colonizada por Reino Unido). El resto de franceses mundialistas expatriados –apenas cuatro– jugaron para selecciones europeas (Alemania, España y Portugal) y el combinado local, Catar.

Colofón: Francia no solo no ha abusado del recurso de los jugadores nacionalizados en estos últimos años, sino que se ha convertido en la mayor cantera proveedora del fútbol de selecciones. Contrariamente a la creencia corriente, la tendencia hoy predominante no es tanto la de una Francia o unos países europeos (Inglaterra, Alemania, Bélgica, Holanda, Suiza, etc.) que nacionalizan muchos futbolistas africanos para sus combinados nacionales, sino la de países africanos que nacionalizan muchos futbolistas franceses o europeos para sus selecciones. Este dato que aporta Rubio es contundente: “55 de los 130 futbolistas convocados por las selecciones africanas, el 42,3%, ha nacido lejos del Continente Negro. 33 son franceses. Marruecos es el combinado que más extranjeros presenta (14)”.

Cuando Francia y Túnez, el 30 de noviembre, se enfrentaron por la tercera fecha de la fase de grupos del mundial en el Estadio Ciudad de la Educación de Rayán, llegó a verse en cancha 17 futbolistas franceses: once jugando para *Les Bleus* (nueve nativos y dos nacionalizados) y seis para *Las Águilas de Cartago*. Europeos alcanzaron a ser 18, porque Slimane, el mediocampista del conjunto africano, es de origen danés

(nació y se crió en Copenhague). Hubo un batacazo en el resultado: la ex colonia venció a su antigua metrópoli por 1-0...<sup>26</sup>

Algo análogo ocurrió en el tradicional duelo de vecinos británicos Inglaterra-Gales, último partido del grupo B, que terminó en victoria por goleada (3-0) del «Goliat sajón» sobre «el David celta». En cierto pasaje del encuentro, llegó a haber en el campo 17 ingleses: once por la *Three Lions* y seis por los *Dreigiau*.<sup>27</sup> Esta «promiscuidad» en las alineaciones de los equipos –de fútbol y de otros deportes– es algo totalmente lógico e inevitable en estos tiempos de globalización y flujos migratorios masivos. Mucha gente vive y muere en países diferentes a aquellos donde nació. Según el *Informe sobre las migraciones en el mundo 2020* de la OIM (Naciones Unidas), existen más de 270 millones de personas expatriadas en este planeta, cifra que representa el 3,5% de la humanidad. Nunca en la historia universal hubo tantos emigrantes/inmigrantes como ahora. En 2000, el porcentaje de exiliados y exiliadas era de 2,8%; en 1980, de 2,3%...<sup>28</sup> ¿Por qué razón el fútbol, los deportes en general, habrían de mantenerse ajenos a esta tendencia demográfica? Aunque a los xenófobos no les agrada, la gente seguirá migrando, por razones económicas o de otro tipo. Y hasta donde yo sé, la gente incluye a los futbolistas... No solo eso: el fútbol es una profesión singularmente nómada, trashumante como pocas (muchos futbolistas de élite son hijos de futbolistas que emigraron).

No es una crítica a África, que hace lo que puede –con creatividad e ingenio, pero dentro de las *reglas de elegibilidad* de la FIFA–<sup>29</sup> para conformar planteles mundialistas más competitivos. Solo describo la realidad. Los franceses o europeos que juegan en selecciones africanas no son «mercenarios apátridas». Son hijos o nietos de connacionales emigrados, afrodescendientes que tienen un vínculo afectivo con la tierra de sus familiares y ancestros; vínculo que en algunos casos se ve reforzado por el hecho de jugar y vivir allí desde hace mucho tiempo. A eso se le agrega el factor profesional, por supuesto: el sueño de jugar un mundial –oportunidad insuperable de gloria y vidriera– es un estímulo muy poderoso entre los futbolistas, y conseguir un lugar en las selecciones europeas de élite (Alemania, Italia, Francia, Inglaterra, Países Bajos, etc.) no resulta nada sencillo. No todos son Mbappé o Benzema... Ante esa dificultad, cada vez son más los jugadores europeos afrodescendientes que optan por jugar para selecciones africanas, decisión que también tiene un costado sentimental, como ya vimos.

El fenómeno de los futbolistas nacionalizados no es nuevo. Ya en el primer mundial, el de Uruguay 1930, los Estados Unidos lograron llegar a semifinales merced a cinco talentosos inmigrantes escoceses, cuando Escocia todavía era una potencia futbolística. Tampoco es inédito el fenómeno de los futbolistas expatriados que juegan para la selección del país donde nacieron sus progenitores o antepasados. Sirva este ejemplo: los argentinos Atilio Demaría y Luis Monti, que en el mundial del 30 salieron subcampeones con la *Albiceleste*, cuatro años después campeonaron con Italia en Italia, la madre patria de sus respectivas familias.<sup>30</sup> También tenemos más ejemplos de futbolistas que jugaron para dos selecciones nacionales –la nativa y luego otra foránea, cuando el reglamento FIFA lo permitía– sin que mediaran razones de consanguinidad en su

<sup>26</sup> [https://www.marca.com/futbol/mundial/tunez-francia-directo/2022/11/30/01\\_0117\\_20221130\\_1224\\_368.html](https://www.marca.com/futbol/mundial/tunez-francia-directo/2022/11/30/01_0117_20221130_1224_368.html).

<sup>27</sup> [https://argentina.as.com/resultados/futbol/mundial/2022/directo/grupos\\_b\\_3\\_399678/alineaciones](https://argentina.as.com/resultados/futbol/mundial/2022/directo/grupos_b_3_399678/alineaciones).

<sup>28</sup> [https://publications.iom.int/system/files/pdf/wmr\\_2020\\_es.pdf](https://publications.iom.int/system/files/pdf/wmr_2020_es.pdf).

<sup>29</sup> Las reglas de elegibilidad –normas que regulan las convocatorias de jugadores nacionalizados a nivel selecciones– han ido cambiando con el paso del tiempo, para adaptarlas a un mundo y un fútbol cada vez más globalizados, pero también para evitar o limitar las prácticas desleales o poco transparentes. Dichas reglas están en el *Reglamento de Aplicación de los Estatutos de la FIFA*, arts. 15 a 18. Salvo excepciones muy puntuales y acotadas debidamente estipuladas, ya no se permite que un futbolista que haya representado a una asociación nacional, luego represente a otra. Aun cuando un futbolista no haya nacido en el territorio de una determinada asociación, podrá jugar para ella si su madre o padre biológicos son oriundos de allí, o bien, alguno de sus abuelos. También podrá hacerlo si “ha vivido al menos durante cinco años después de llegar a la edad de 18 años en el territorio de la asociación en cuestión”. Antes, el requisito mínimo de residencia era solo de dos años, pero en mayo de 2008 (LVIII Congreso de la FIFA en Sídney) se amplió a cinco. *Vid.* circular 1147: <https://es.scribd.com/doc/300282703/Circular-1147>. Las selecciones africanas de fútbol, que en estos últimos años han adoptado la política de convocar a hijos o nietos de emigrantes, o a inmigrantes con cinco o más años de antigüedad, no transgreden ninguna norma de FIFA.

<sup>30</sup> Véase Rubio, art. cit., nota 24.



expatriación: el mítico Alfredo Di Stéfano, considerado uno de los mejores futbolistas de todos los tiempos, jugó seis partidos para la *Albiceleste* (1947-48) y 31 para la selección de España (1956-62). Di Stéfano no tenía sangre española en su familia, sino italiana –por parte paterna– y francesa e irlandesa –por parte materna–. La *Saeta Rubia* emigró a la Península Ibérica en 1953 fichado por el Real Madrid, club al que logró llevar a su máxima gloria. Al cabo de un tiempo, tramitó la nacionalidad española y se incorporó a *La Furia*. ¿Otro botón de muestra? Puskás, que jugó para su Hungría natal (1945-1956) y posteriormente para su España adoptiva (1961-62).<sup>31</sup> ¿Nada nuevo en el mundo del fútbol, entonces? Sí y no. Lo novedoso, hoy, no es el fenómeno en sí de los futbolistas nacionalizados, sino su magnitud, y la importancia que en él han cobrado los afrodescendientes. Esto nos remite al proceso de globalización capitalista y al *boom* migratorio africano de las últimas décadas.

### Hablemos de colonialismo (pero en serio)

No es que Francia no sea imperialista, no. No es que África no sea víctima del neocolonialismo europeo, tampoco. Todo eso es cierto, y merece nuestra crítica. Pero la crítica debe ser seria, rigurosa; y una crítica seria, rigurosa, no puede consistir en simplismos ventajeros de demagogia futbolera-patrioter. Menos aún si esos simplismos destilan prejuicios racistas.

La Europa moderna –Francia incluida– ha saqueado, despoblado y oprimido el continente africano durante seis siglos, desde los albores mismos de la modernidad, cuando principiaban el Renacimiento y la llamada *acumulación originaria* del capitalismo.<sup>32</sup> Los primeros europeos colonialistas fueron los portugueses, en el siglo XV, desde la toma de Ceuta en 1415. A medida que completaban la circunnavegación de África en busca de una ruta austral hacia las Indias Orientales (que encontrarían en 1488, al doblar el Cabo de Buena Esperanza), fundaban puertos de escala en islas y costas, con factorías dedicadas al lucrativo tráfico de oro, marfil, especias, piedras preciosas y pieles; y también a la trata esclavista o *negrera*,<sup>33</sup> negocio que alcanzaría volúmenes espeluznantes a partir de la centuria siguiente, con la conquista y colonización de América, donde era preciso reponer la mano de obra indígena diezmada por las guerras, la explotación, el hambre y las epidemias. Con el correr del tiempo, el colonialismo lusitano en África fue perdiendo exclusividad. España siguió los pasos de Portugal –su vecino y archirrival– bastante pronto, desde 1497, con la conquista de Melilla. Luego fue el turno de los holandeses: hacia 1598, irrumpieron en el golfo de Guinea. Francia e Inglaterra se sumaron a la carrera colonialista en el África subsahariana durante el siglo XVII, igual que Suecia, Dinamarca y Brandemburgo-Prusia (en una escala más pequeña y efímera). Hacia el siglo XVIII, con

<sup>31</sup> Cf. <https://kriokit.com/reglas-de-elegibilidad-nacional-de-la-fifa>.

<sup>32</sup> En tiempos premodernos, África tampoco estuvo a salvo del expansionismo occidental. El Imperio romano, por ejemplo, conquistó y explotó todo el litoral mediterráneo de África durante siglos, desde Marruecos hasta Egipto. Los griegos (*polis* de Cirene y dinastía ptolemaica) ya habían hecho de las suyas, en Libia y Egipto. Tras la época grecorromana, Genserico y sus vándalos crearon un reino bárbaro en las costas de lo que hoy son Túnez y Argelia, con capital en la mítica Cartago. Pero estos antecedentes antiguos solo conciernen al África bañada por el Mediterráneo, al norte del Sahara, una fracción muy exigua del continente.

<sup>33</sup> No obstante, la práctica de esclavizar y traficar a la población negra del África subsahariana está lejos de ser –como repite la retórica decolonial– una invención del Occidente moderno. La civilización árabe hizo lo mismo masiva y metódicamente durante el Medioevo, a través de la red caravanera del Sahara y las rutas marítimas del Índico que unían el Golfo Pérsico, Yemen y el mar Rojo –al norte– con la isla de Zanzíbar y las costas de Zanguebar –al sur–. El esclavismo árabe en el África oriental o índica es muy anterior al esclavismo europeo en el África occidental o atlántica. Esto es bueno tenerlo en cuenta también respecto al fútbol, porque muchos se rasgan las vestiduras por la presencia de africanos o afrodescendientes en las selecciones europeas y anglosajonas, pero no en las asiáticas del Golfo Pérsico... La civilización árabe tiene un pasado esclavista tan aberrante como Occidente. En las selecciones de Arabia Saudita, Catar, Emiratos Árabes, Barén, etc., abundan los afroárabes, descendientes de inmigrantes recientes del África subsahariana, pero también de antiguos *zanj*, aquellos trabajadores raptados o comprados en Zanzíbar o Zanguebar que protagonizaron, a fines del siglo IX en Basora, una de las mayores rebeliones de esclavos de la historia universal, equiparable –por su magnitud– a la de Espartaco y la de Haití. El levantamiento de los *zanj* tuvo en vilo al califato medieval abásida durante más de diez años. Su virulencia sería difícil de explicar si el esclavismo y racismo de los árabes hubiesen sido más benignos que el esclavismo y racismo de los europeos. *Vid.* Nicholas C. McLeod, “Race, rebellion, and Arab Muslim slavery: the *Zanj* Rebellion in Iraq, 869 - 883 C.E.”. Tesis de maestría, Universidad de Louisville, Kentucky, EE.UU., mayo 2016, disponible en <https://doi.org/10.18297/etd/2381>.

el *comercio triangular* ya bien aceitado, con el régimen de plantación ampliamente extendido en las zonas tropicales y subtropicales de América, y con la colonización europea del litoral africano muy afianzada (con una Gran Bretaña cada vez más protagonista en la puja de metrópolis), la emigración forzosa de trabajadores de raza negra en condición de esclavitud al otro lado del Atlántico –la *Maaafa*, la diáspora africana– llegó a su cenit: más de la mitad de los 12 millones de personas esclavizadas y exportadas del África a las Américas entre inicios del siglo XVI y fines del XIX, lo fueron durante el siglo XVIII.<sup>34</sup>

En el siglo XIX, pese al gradual declive de la esclavitud y la trata, las depredaciones del colonialismo europeo en África no disminuyeron. Al contrario: se agudizaron. La dominación blanca, hasta entonces restringida a las costas, penetró profundamente en el continente. De un 10% del territorio africano bajo ocupación europea hacia 1870, se pasó a un 90% en 1914 (solo la república de Liberia y el reino de Etiopía mantendrían su independencia). La Revolución Industrial, la renovada expansión mundial del capitalismo y la división internacional del trabajo generaron una demanda voraz de alimentos y materias primas para las ciudades y fábricas de Occidente, que alcanzó su pico en los últimos decenios de la centuria con el nuevo imperialismo y el reparto de África. Las consecuencias ecológicas, demográficas, socioeconómicas, políticas, culturales y humanitarias del coloniaje y el extractivismo europeos fueron catastróficas, literalmente hablando: guerras y masacres, despojo de tierras, reducción de poblaciones enteras a formas de trabajo no libre, vaciamiento de recursos naturales, deforestación y contaminación, extinción de numerosas especies animales y vegetales, miseria y hambrunas, aumento de la desigualdad, genocidios, aculturación, éxodo rural y hacinamiento urbano, segregación racista, conculcación de derechos, pérdida de la soberanía, exacerbamiento de los conflictos tribales (*divide et impera*), etc.<sup>35</sup>

Las potencias europeas que se sumaron más tardíamente al banquete colonial africano fueron Alemania, Bélgica e Italia, todas con posterioridad a la Conferencia de Berlín (1884). Para entonces, otras metrópolis occidentales hacía tiempo que se habían retirado (los reinos escandinavos) o que se hallaban en una situación marginal de estancamiento o decadencia (España y Portugal). Este no era, ciertamente, el caso de Gran Bretaña y Francia, que llegaron a concentrar la mayor parte del territorio africano en vísperas de la Primera Guerra Mundial; un acaparamiento que se vio reforzado con la Paz de Versalles (1919) y los mandatos de la Sociedad de Naciones, concedidos a expensas de la derrotada Alemania. En los años 20 del siglo pasado, las colonias británicas y francesas –incluyendo protectorados y dominios– llegaron a cubrir dos tercios del continente africano y controlar más de la mitad de su población.<sup>36</sup>

Desde los tiempos de la Monarquía de Julio, pero sobre todo durante el Segundo Imperio y la Tercera República, Francia se empleó a fondo –acicateada por su desarrollo capitalista industrial– en reflatar su estatus de gran potencia colonial, averiado y hundido en las tempestades de la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. A diferencia de primero (Antiguo Régimen, siglos XVI a XVIII), el segundo imperio colonial francés (período contemporáneo, siglos XIX y XX) no tuvo como eje principal a América, donde se había perdido casi todo (Canadá, Luisiana y Haití), sino a África.<sup>37</sup> Francia se convirtió en la segunda metrópoli europea más importante del continente africano, solo superada por Reino Unido. En el Magreb, se anexionó Argelia e impuso su protectorado sobre Túnez y la mayor parte de Marruecos. Más al sur, sus colonias del África Occidental Francesa y el África Ecuatorial Francesa abarcarían los territorios de trece

<sup>34</sup> Para mayor información, véase John Iliffe, *África: historia de un continente*, Madrid, Akal, 2013; y también Anna Maria Gentili, *El león y el cazador. Historia del África subsahariana*, Bs. As., CLACSO, 2012.

<sup>35</sup> *Ibid.*

<sup>36</sup> *Ibid.*

<sup>37</sup> El segundo imperio colonial francés heredó del primero algunas colonias menores en América (Antillas francesas, Saint-Pierre-et-Miquelon, Guayana Francesa) y en la India (Pondicherry, Chandernagor, etc.). A lo largo del siglo XIX, además de expandirse ampliamente por África, conquistó gran parte de Indochina y le arrancó al declinante imperio chino de los Qing algunas concesiones portuarias como Shanghái y Tientsin, amén de apoderarse de numerosas islas del Pacífico como Tahití y Nueva Caledonia. Entrado el siglo XX, tras la paz de Versalles, Francia recibiría de la Sociedad de Naciones un mandato sobre Siria y Líbano.

países actuales: Burkina Faso, Camerún (luego de la Primera Guerra Mundial), Chad, Congo-Brazzaville, Costa de Marfil, Dahomey, Gabón, Guinea-Conakri, Malí, Mauritania, Níger, República Centroafricana y Senegal. En el Índico, poseía la isla de Madagascar y la Somalia Francesa. Hacia la década del 20, concluida la Gran Guerra, un tercio del territorio de África y un quinto de su población estaban bajo el control directo o indirecto de Francia. La codicia, la tiranía y la violencia del colonialismo francés en África fueron muy intensas. A la explotación económica, la opresión política y la imposición cultural –que conllevaron altas dosis de imperialismo chovinista, racismo eurocéntrico y clasismo burgués, condensados en el régimen segregacionista del *indigénat* y sus códigos legales– debemos añadirles la degradación del medio ambiente y la desarticulación del tejido social, y también los crímenes masivos de lesa humanidad por guerras y terrorismo de estado, que incluyeron centenares de miles de muertos, y que no excluyeron la violación sexual de mujeres y la tortura de prisioneros (el caso de Argelia es paradigmático y tristemente célebre, pero de ningún modo excepcional).<sup>38</sup>

El colonialismo francés resultó más pernicioso que el británico al menos en dos aspectos: el político-administrativo y el cultural. A diferencia del Reino Unido, Francia rara vez toleró la existencia subordinada de autoridades y leyes nativas, optando casi siempre por una gestión directa y centralizada, estrictamente uniforme. Por otro lado, Francia fue más ambiciosa en su «misión civilizadora» (aculturación), implementando estrategias de asimilación cultural con mayor radicalidad, lo que daría origen a las minorías de *évolués* o «afrancesados». <sup>39</sup>

La Segunda Guerra Mundial puso en crisis la dominación colonial de Gran Bretaña y Francia en ultramar. Las potencias del Eje invadieron territorios británicos y franceses en África, Asia y Oceanía. Los nazis ocuparon la mayor parte de la Francia metropolitana, y en la restante habilitaron un gobierno títere abiertamente colaboracionista: el régimen de Vichy del mariscal Pétain, que retuvo el control de aquellas colonias y protectorados franceses no anexionados por la Italia fascista y el Imperio japonés, aunque pronto la Francia Libre del general De Gaulle –que contaba con el apoyo de los Aliados– comenzaría a disputárselo desde el exilio, situación de *doble poder* que generaría fuertes divisiones en los sentimientos de lealtad colonial de las poblaciones nativas.<sup>40</sup> El Reino Unido, gracias a su insularidad y supremacía naval, se salvó de la invasión alemana, pero no de los bombarderos de la Luftwaffe, que causaron terribles estragos materiales y humanos, en lo que se conoce como batalla de Inglaterra. Los territorios británicos y franceses de ultramar que no cayeron en manos del Eje debieron hacer esfuerzos extraordinarios para socorrer a las metrópolis en apuros: suministro masivo no solo de recursos, sino también de soldados (que en muchos casos les tocó ser carne de cañón a centenares o miles de kilómetros de sus hogares, como los *goumiers* marroquíes)<sup>41</sup>. Su importancia resultó decisiva, aunque los costos económicos y humanos de tal auxilio fueron muy elevados. Esa importancia, estos costos, tendrían consecuencias políticas. La fidelidad y mansedumbre de las colonias sufrieron un fuerte desgaste. La autoestima creció. El malestar y la rebeldía cundieron. Los movimientos nacionalistas e independentistas alcanzaron una masividad y vitalidad inusitadas.

<sup>38</sup> Para mayores precisiones históricas sobre el colonialismo francés, véase los diversos capítulos y apartados que David K. Fieldhouse le dedica en su libro *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*, Madrid, Siglo XXI, 1984, especialmente el cap. 10, “El imperio colonial francés después de 1815”, pp. 233-257. Asimismo, *vid.* Yoan Molinero Gerbeau, “El gobierno de la diferencia: repertorios de poder del imperio colonial francés en África Subsahariana”, CAEI, 2013, Programa África Subsahariana, *working paper* n° 27, disponible en [https://digital.csic.es/bitstream/10261/100691/1/wp\\_-\\_27.pdf](https://digital.csic.es/bitstream/10261/100691/1/wp_-_27.pdf).

<sup>39</sup> Si Gran Bretaña no hizo eso en igual medida, no fue por un respeto mayor hacia la otredad, o por un menor grado de racismo o eurocentrismo, sino por consideraciones pragmáticas de estrategia colonial, enmarcadas en otra cultura política y en otra tradición administrativa: su imperio de ultramar era mucho más vasto y heterogéneo que el francés, y no se veía condicionado por un legado centralista *extrafuerte* como el del absolutismo borbónico, el republicanismo jacobino y el despotismo napoleónico.

<sup>40</sup> Quien quiera profundizar en las complejidades de la historia de Francia y la Segunda Guerra Mundial, puede leer a Philippe Burrin, *Francia bajo la ocupación nazi, 1940-1944*, Barcelona, Paidós, 2004.

<sup>41</sup> Los *goumiers* marroquíes combatieron por Francia en todo el norte de África, Italia, Córcega, Francia continental y Alemania. Lo mismo las tropas auxiliares argelinas y tunecinas. Los soldados *indigènes* (magrebíes) del Ejército francés llegaron a ser 130 mil.

## Hablemos de neocolonialismo (también en serio)

Al terminar la guerra, una Gran Bretaña exhausta y una Francia devastada, ambas eclipsadas por las dos potencias mundiales que más habían contribuido a la victoria aliada en lo económico-tecnológico y militar (EE.UU. y Unión Soviética, desde entonces *superpotencias*), no pudieron contener, a mediano o largo plazo, la marea histórica de la descolonización, bendecida –o al menos permitida– por el Tío Sam y el Kremlin, que consideraban el colonialismo clásico como algo perimido, anacrónico (no así otras variantes más sutiles o informales del imperialismo, que practicaban ampliamente en el marco de su rivalidad geoestratégica, la guerra fría). Menos pudieron contenerla las metrópolis europeas de segunda línea como Países Bajos, Bélgica, Portugal, España y Dinamarca. El proceso de descolonización se desarrolló casi totalmente entre 1947 y la década del 70, alcanzando su apogeo en los años 50 y 60.<sup>42</sup>

Que las metrópolis europeas no pudieran contener la descolonización, no significa que la aceptaran fácil y pacíficamente. En muchos casos, se opusieron a ella con obstinación y desesperación, mediante dilaciones burocráticas o *manu militari*. Fue Francia, probablemente, la más porfiada y violenta en su resistencia, una actitud que contrasta con la de Gran Bretaña, más estoica y pragmática, menos rígida, más prudente o acomodaticia, algo que quedó muy pronto evidenciado en la independencia de la India (1947). Una notable paradoja histórica, si se tiene en cuenta que la debilidad francesa de posguerra era, objetivamente, mucho mayor que la británica: la bandera del Tercer Reich nunca flameó en Londres, como sí en París; amén de que el imperio británico no conoció ningún cisma metropolitano que dividiera las lealtades coloniales, como el de vichistas vs. gaullistas.<sup>43</sup>

La encarnizada oposición de Francia a la descolonización tuvo su expresión más paradigmática en Indochina y Argelia. Durante la década del 50, los militares y paramilitares franceses cometieron toda clase de crímenes y atrocidades en su guerra de contrainsurgencia contra el Viet Minh y el FLN: desapariciones forzadas, campos de concentración, torturas y violaciones sexuales, fusilamientos, bombardeos contra poblaciones civiles, masacres, atentados terroristas de la OAS (en Argelia), etc. Varios centenares de miles de indochinos y argelinos murieron asesinados. Semejante orgía de sangre, sin embargo, no pudo evitar lo inevitable: la independencia. Indochina la consiguió en 1954; Argelia, hacia 1962.<sup>44</sup> Entre medio, hicieron lo propio Marruecos y Túnez (1956), luego Madagascar (1958) y finalmente –tras la fallida reforma gatopardista de la *Communauté Française*– el África Occidental y el África Ecuatorial francesas (1960), que *ipso facto* se escindieron en numerosos estados: Senegal, Chad, Costa de Marfil, Gabón, etc.<sup>45</sup>

<sup>42</sup> La bibliografía histórica sobre la disgregación de los imperios coloniales en el siglo XX es abundante. Véase por ej. Ana Pastor Santillán, *La descolonización: el Tercer Mundo*, Madrid, Akal, 1989; y Henri Grimal, *Historia de las descolonizaciones del siglo XX*, Madrid, IEPALA, 1989. También José U. Martínez Carreras, *Historia de la descolonización (1919-1986): las independencias de Asia y África*, Madrid, Istmo, 1987.

<sup>43</sup> La paradoja podría explicarse, en parte, por la inercia de la tradición centralista en la cultura política francesa, asunto que ya hemos tratado. El imperio británico, habituado a permitir la administración indirecta de muchos de sus territorios ultramarinos (mecanismos variados de *home rule* dentro de un marco más «federal» o «confederal» como lo era tradicionalmente la *Commonwealth*), podía aceptar con mayor facilidad la descolonización. En efecto, el salto a la plena independencia desde la autonomía relativa era menos grande –y por ende, menos traumático para el poder metropolitano– que el salto desde un régimen colonial que no había dejado ningún margen al autogobierno local (en la posguerra, Francia revisó esta política, primero con la Unión Francesa de 1946-58 y luego con la Comunidad Francesa de 1958-60; pero fueron reformas demasiado tardías y timoratas, condenadas al fracaso). Por otra parte, como bien me hiciera notar Ariel Petruccelli en una comunicación personal, el orgullo herido de los militares franceses luego de la Segunda Guerra Mundial (por no haber sido capaces de rechazar o contener la invasión alemana, y por no haber tenido tampoco un rol preponderante cuando Francia fue al fin liberada), probablemente los haya predispuesto a una política belicosa de desquite con las colonias rebeldes, sin calibrar bien los desafíos que deberían afrontar en esa aventura.

Para ahondar en el conocimiento y la comprensión del proceso histórico que privó a Reino Unido y Francia de la inmensa mayoría de sus protectorados, dominios y posesiones de ultramar, léase Abel Gil, “La descolonización de los imperios británico y francés”, en *El Orden Mundial*, 16 de diciembre de 2020, <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/descolonizacion-imperio-britanico-frances>.

<sup>44</sup> Líbano y Siria se habían independizado más tempranamente, entre 1943 y 1946.

<sup>45</sup> Cf. Stephan Kras, “La llegada al poder de Senghor y las primeras raíces de la descolonización francesa en el África subsahariana”, en *Itinerario*, vol. XXIII, n° 1, 1999. Asimismo, Frederick Cooper, “Reformando el Imperio, acabando con el Imperio: Francia y África occidental, 1944-1960”, en *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, n° 8, 2008.

Cabe destacar algo: la mayor crisis política sufrida por Francia desde el fin de la ocupación nazi hasta hoy ha sido la de 1958, que provocó la caída de la Cuarta República –el inestable régimen parlamentarista de posguerra– y el advenimiento de la Quinta, que ha subsistido hasta la actualidad (hacemos referencia al régimen presidencialista fuerte fundado por el general victorioso y líder carismático Charles De Gaulle, héroe nacional de la Resistencia y la Liberación, en calidad de un cuasi-mesías «salvador de la patria»). La crisis del 58, que obligó a una reforma constitucional muy profunda, tuvo como causa principal la conflictiva relación con las colonias: el auge de los movimientos de liberación nacional, la retirada humillante en Indochina tras el desastre militar de Dien Bien Phu (1954) y, por sobre todas las cosas, el ascenso imparable de la marea independentista en Argelia, joya mayor del imperio colonial francés y patria adoptiva de un millón de blancos francófonos acérrimamente hostiles a la liberación nacional (la poderosa minoría de los *pieds-noirs*). Lo dicho permite dimensionar hasta qué punto la Francia de posguerra se aferró con uñas y dientes a su imperio colonial, asumiendo el proceso de descolonización como una amenaza existencial.<sup>46</sup>

La virtual extinción del colonialismo clásico europeo en la segunda mitad del siglo XX no significó el fin del imperialismo. Eso fue así no solo por la profusión de prácticas expansionistas, intervencionistas y belicistas de los Estados Unidos y la URSS en la guerra fría, sino también porque Gran Bretaña y Francia trataron de adecuar su hegemonismo a los nuevos tiempos, reemplazando los esquemas de dominación directa por dispositivos blandos y no tan blandos –duros también, si era menester– de influencia informal: empresas multinacionales, asimetrías en el comercio de exportación e importación, latifundios agrícolas y ganaderos, enclaves extractivistas, préstamos usurarios, sobornos, patentes, presiones o injerencias diplomáticas, bases y misiones militares, fundaciones culturales, programas de becas y subsidios, ayuda humanitaria, proselitismo religioso, etc. Esta nueva forma de imperialismo desplegada por las ex metrópolis europeas en el «patio trasero» de sus antiguas colonias, que vino a reestructurar sus relaciones centro-periferia y a perpetuar la dependencia fáctica –sobre todo económica y cultural– de las segundas con las primeras, pero sin las estridencias de una sumisión política *de iure*, recibe el nombre de *neocolonialismo*.<sup>47</sup>

Todas las ex metrópolis europeas practican el neocolonialismo allí donde quieren y pueden hacerlo. No siempre es conveniente, no siempre es viable. Eso depende del valor estratégico y el poderío que tengan las ex colonias: su envergadura territorial y demográfica, sus recursos naturales, su desarrollo tecnológico e industrial, sus fuerzas armadas, su mercado interno e inserción en el comercio internacional, su fiscalidad y finanzas, etc. La correlación de fuerzas es muy variable. Poniendo las cosas blanco sobre negro: no es lo mismo un puñado de atolones en la Micronesia carentes de toda relevancia geopolítica y económica, que un subcontinente colosal como la India (casi 3,3 millones de km<sup>2</sup> y más de 1.400 millones de habitantes, con un PBI que la ubica en el sexto lugar del *ranking* mundial a centímetros de Gran Bretaña, su antigua metrópoli).

<sup>46</sup> Solo Portugal cometería el mismo error estratégico, pero más adelante, en la década del 70, cuando la crisis colonial –sobre todo en Angola y Mozambique– contribuya decisivamente al estallido de la Revolución de los Claveles en la metrópoli, que puso fin a la larga dictadura del *Estado Novo* implantada en los años 20 por Salazar. La transición democrática lusitana de 1974 fue de la mano con la independencia de la mayoría de las colonias portuguesas.

<sup>47</sup> No todo es neocolonialismo en el imperialismo británico y francés de posguerra y más acá. Recuérdese o téngase en cuenta que Gran Bretaña y Francia, a pesar del *tsunami* descolonizador, han logrado retener varias posesiones de ultramar hasta el día de hoy. Pero son relativamente pocas y de escasa envergadura geográfica, demográfica y económica, nada parecido a lo que fueran India o Australia, Argelia o Indochina. Hablamos, por lo general, de territorios insulares con más valor simbólico (reliquias de una grandeza imperial perdida y añorada) que real (fuentes de recursos materiales y humanos a gran escala), aunque en algunos casos no carecen de cierta relevancia naval y militar, habida cuenta su ubicación estratégica (por ejemplo, el Peñón de Gibraltar y las Malvinas). Este colonialismo de viejo cuño es totalmente residual. Francia conserva en el Atlántico americano algunas de las Antillas menores (Guadalupe, Martinica, etc.), una de las tres Guayanas históricas y –frente a la costa canadiense– San Pedro y Miquelón; en el Índico africano, cerca de Madagascar, las ínsulas de Mayotte y Reunión; y en el Pacífico, Nueva Caledonia, Polinesia Francesa, y Wallis y Futuna. En la mayoría de los casos, sus habitantes gozan de la plena ciudadanía francesa, tanto a nivel civil como político. En la enumeración anterior de los territorios que actualmente integran la *France d'outre-mer* omitimos mencionar las islas e islotes deshabitados como Kerguelen y las Crozet, colonias microscópicas de paradero remoto, con una ínfima población de carácter flotante (base naval y/o estación científica). Esto vale también para Tierra Adelia, el sector antártico francés.



Decía que todas las ex metrópolis europeas practican el neocolonialismo. Aportemos una precisión: no todas las potencias occidentales con presente imperialista y pasado colonialista practican el neocolonialismo con igual intensidad. Algunas son más neocolonialistas que otras en sus relaciones con sus ex colonias, ex dominios o ex protectorados. Aquí, por razones de espacio y oportunidad, no podemos detenernos en las complejas razones que explican esas diferencias de grado. Nos basta con constatar lo siguiente: de todas las antiguas metrópolis europeas, la más neocolonialista es Francia. ¿Por qué? Porque, comparado con otros imperialismos europeos de posguerra, el francés es el que menos se ha circunscrito al libreto del *soft power*. Ha sido el más agresivo, el más intervencionista y militarista, el más propenso a la mano dura. Por otra parte, el imperialismo económico francés es el que ha llegado más lejos en sus mecanismos de subordinación financiera.

El neocolonialismo francés tiene como teatro principal no el Magreb árabe, sino aquellos países subsaharianos del Sahel y el golfo de Guinea –trece en total– que antaño formaban parte de las colonias del África Occidental y el África Ecuatorial francesas, y donde el idioma francés todavía es ampliamente utilizado: Burkina Faso, Camerún, Chad, Congo-Brazzaville, Costa de Marfil, Dohomey, Gabón, Guinea-Conakri, Malí, Mauritania, Níger, República Centroafricana y Senegal. Hablamos de la *Françafrique* o «Francáfrica», como gustan llamarla los franceses que añoran el imperio colonial en su edad de oro (a los que no les preocupa la corrección política en el lenguaje). La Francáfrica poscolonial no es solo esa región subsahariana donde se sigue hablando francés como primera o segunda lengua (algo así como la sección africana de la francofonía), sino también esa región subsahariana que continúa todavía encadenada a Francia a través de la dependencia económica, la hegemonía cultural y la tutela militar (en una palabra, el neocolonialismo).

En su artículo “La Francáfrica o el imperio neocolonial francés”, publicado en *El Orden Mundial*, Fernando Arancón reflexiona:

Francia salió oficialmente del continente africano entre las décadas de los cincuenta y los sesenta del siglo pasado. A regañadientes, tuvo que aceptar la independencia de una veintena de colonias que ya no querían seguir bajo las directrices de París. Sin embargo, a pesar de evaporarse sus posesiones continentales, Francia consiguió salvar una superestructura política, económica y cultural que medio siglo después todavía mantiene.

En pleno siglo XXI, el África francesa, y por extensión buena parte del continente, no ha conseguido resolver los problemas estructurales que le persiguen desde la oleada descolonizadora. A la debilidad política e institucional, una economía fundamentalmente agraria y guerras que parecen no acabarse nunca se le suman en los últimos años un alud de amenazas de índole transnacional, caso del terrorismo de corte islamista o las redes de crimen organizado que pululan por la zona, dejando a muchos países al borde del colapso.

Por ello, Francia se ha erigido guardián de sus excolonias. En una mezcla entre pragmatismo y neocolonialismo, París protege sus intereses políticos y económicos al mismo tiempo que rescata parte de su identidad perdida y se hace con un “patio trasero” en el que cabe considerarse hegemónico, algo que pocos países pueden afirmar en la actualidad. En eso se basa precisamente la idea de la Francáfrica.<sup>48</sup>

Rememorando los inicios del proceso descolonizador en el África Occidental y el África Ecuatorial francesas, Arancón acota:

Trece estados (Camerún, Senegal, Togo, Benín, Níger, Burkina Faso, Costa de Marfil, Chad, República Centroafricana, República del Congo, Malí y Mauritania) nacieron así en el África subsahariana. Entre las condiciones impuestas por De Gaulle figuraban el acuartelamiento de tropas francesas en algunos de los

<sup>48</sup> <https://elordenmundial.com/la-francafrica-imperio-neocolonial-frances>.

nuevos países independientes; heredar las deudas de la época colonial y la aceptación de dos divisas regionales, una para los estados del África occidental y otra para los países de África central, controladas respectivamente por bancos centrales regionales en los que Francia tendría poder de veto. En la teoría, esos nuevos estados eran independientes, aunque desde París se controlaba buena parte de la política monetaria y militarmente seguían dependiendo de las tropas francesas. Se inauguraba así un escenario poscolonial en el que, paradójicamente, las relaciones serían semicoloniales.

El resto del siglo XX transcurrió para el África continental francófona como suele desarrollarse en cualquier patio trasero. Los líderes africanos alineados con París tenían la protección de esta, mientras que los mandatarios que intentaban contraponerse a los intereses de la antigua metrópoli iban a tener el escenario más complicado. Así, Francia evitó tantos golpes como los apoyados, y el destino de la *Françafrique* siguió dependiendo en buena medida de París.<sup>49</sup>

Durante el siglo XXI, Francia no ha desistido de su rol de gendarme en gran parte del África subsahariana, un rol que se remonta a los inicios de la década del 60. Todo lo contrario: a los pretextos clásicos de intervención militar heredados de la guerra fría (golpes militares y guerrillas de izquierda) se han sumado otros nuevos: la expansión del islamismo radical y del terrorismo o yihadismo en el Sahel, la piratería en el golfo de Guinea, las crisis migratorias por hambrunas y genocidios, los cárteles narcos, la proliferación de estados fallidos y esa caja de Pandora que ha sido Libia tras la victoria pírrica sobre Gadafi, cuando la OTAN (Francia incluida) se desentendió del problema de la dispersión de las tribus tuaregs –fuertemente armadas– que servían al dictador, las cuales generaron, con sus demandas políticas de autonomía o independencia, un efecto dominó de inestabilidad en varios países saharianos y sahelinos. Todo esto ha sido caldo de cultivo para el intervencionismo militar francés, por dentro o por fuera de las misiones humanitarias y de paz de la ONU.

Francia acumula en su historial de presunto «apagaincendios» del África poscolonial (1961-2023) casi medio centenar de intervenciones militares. Entre las últimas, cabe destacar las operaciones Unicornio (Costa de Marfil, 2011), Harmattan (Libia, 2011), Boali y Sangaris (República Centroafricana, 2013); Serval (Malí, 2013); y Barkhane (Sahel occidental, 2014).<sup>50</sup> Posee hoy, oficialmente, seis bases permanentes en África: cuatro terrestres (Yibuti, Abiyán, Libreville y Dakar) y dos navales (Reunión y Mayotte). Sin contar las bases «provisionales» vinculadas al cumplimiento de misiones *sine die* o con plazos que se van extendiendo sobre la marcha. No hace tanto, un analista versado en la materia estimó –con cautela– que en todo el continente africano y sus islas podría haber unos 10 mil soldados franceses, aunque la cifra actual podría ser ligeramente distinta. Esto hace de Francia la potencia imperialista de Occidente con mayor presencia militar en el África.<sup>51</sup>

Pero cuidado: no se trata solo de mística neocolonial, de paternalismo romántico, de filantropía imperial-civilizatoria... todo eso que Rudyard Kipling idealizara eurocéntricamente como *the white men's burden*, “la carga del hombre blanco”. Hay también en juego –de modo determinante– intereses materiales, apetencias económicas de diversa índole: comerciales, financieras, energéticas. Como asevera Arancón,

[...] Francia tiene enormes ganancias económicas en sus excolonias, tanto a nivel estructural como a nivel coyuntural. Su labor de apagafuegos del continente responde en buena medida a esa dinámica geoeconómica.

<sup>49</sup> *Ibid.*

<sup>50</sup> Cf. “44 intervenciones militares francesas en África desde 1961”, *Nueva Tribuna*, Madrid, 15 de noviembre de 2015, disponible en <https://www.nuevatribuna.es/articulo/mundo/44-intervenciones-militares-francesas-africa-1961/20151115144036122418.html>. Véase también Ignacio Fuente Cobo, “El Sahel después de la Operación Barkhane. Situación de seguridad y perspectivas de futuro”, IEEE, España, 30 de marzo de 2022, [https://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs\\_analisis/2022/DIEEEA23\\_2022\\_IGNFUE\\_Sahel.pdf](https://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2022/DIEEEA23_2022_IGNFUE_Sahel.pdf).

<sup>51</sup> Cf. Said Bouamama, “Las nuevas orientaciones del imperialismo francés en África”, *Rebelión*, 6 de marzo de 2020, disponible en <https://rebellion.org/las-nuevas-orientaciones-del-imperialismo-frances-en-africa>.

Las antiguas colonias de París absorben un 5% de las exportaciones francesas, a la vez que compañías galas en el continente africano extraen las materias primas que se envían posteriormente a Europa. Y eso sin contar con los casi 300.000 nacionales franceses que viven repartidos por las varias decenas de territorios francófonos. Metales en la República Centroafricana; petróleo en Gabón, algodón y oro maliense y uranio nigerino son algunos de los réditos económicos que Francia obtiene por la presencia de sus empresas en África. En este escenario, clave en la seguridad energética gala es la situación en Níger, donde la francesa Areva extrae entre un tercio y un 40% del uranio que utilizan las centrales nucleares francesas para producir dos tercios de la electricidad que consume el país. Por tanto, la ecuación es clara: una desestabilización de Níger puede suponer un serio reto para el suministro eléctrico en Francia.<sup>52</sup>

Y no nos olvidemos de la faceta monetaria, un aspecto crucial del neocolonialismo francés en lo que respecta a la geoconomía. Algo anticipamos sobre ese punto en el parágrafo “La sofistería de Laje”. Cuando el África Occidental y el África Ecuatorial francesas se independizaron, la Francia de De Gaulle creó dos monedas, con sendas zonas de circulación: el franco CFA-África Occidental y el franco CFA-África Central. La emisión de ambas quedó a cargo de dos bancos centrales internacionales, uno por región. Sobre dichas instituciones, el Banco Central de Francia se arrogó un poder de veto. Además, los países integrantes de las dos CFA estaban obligados a depositar en aquel la mitad de sus reservas en divisas, una gran ventaja para la ex metrópoli en términos de liquidez y estabilidad monetarias. Todo esto ha seguido en vigencia hasta hoy. Además, se estableció un cambio fijo en relación al franco, y luego al euro, algo que ha servido como un útil instrumento de proteccionismo para Francia. Por último, se dispuso que el franco occidental y el franco central fuesen inconvertibles entre sí, lo que ha entorpecido la integración económica del África francófona. Como explica Arancón,

Los efectos de esta relación poscolonial han profundizado las relaciones de dependencia económica y política de los estados africanos respecto de Francia. Partiendo de la existencia del cambio fijo y libre entre los francos africanos y el euro, esto ha permitido a numerosas empresas europeas, y particularmente francesas, repatriar los beneficios a Europa sin ningún tipo de coste, desincentivando la inversión en los países africanos. Igualmente, cabe considerar el hecho de que el tipo de cambio está sobrevaluado, protegiendo así las inversiones galas en África y disminuyendo la competitividad de las economías africanas.

La dependencia de los francos africanos respecto a la política monetaria de Francia se ha demostrado total. Las sucesivas devaluaciones del franco francés en la segunda mitad del siglo XX –hasta 14– arrastraron en la misma medida a los francos CFA, haciendo incapaces a los estados africanos de controlar su inflación, su deuda pública y su competitividad exterior. Aunque las devaluaciones en París eran beneficiosas para aumentar la competitividad económica gala, lo cierto es que en los estados africanos se producía el efecto contrario, agravando los desequilibrios comerciales y perjudicando su desarrollo económico.<sup>53</sup>

Mientras escribo este ensayo, leo noticias sobre la crisis en Burkina Faso. El gobierno de este país africano del Sahel occidental, presionado por las protestas populares antiimperialistas, ha decidido seguir el ejemplo de Malí: expulsar al embajador francés y exigirle a Macron que retire sus tropas, allí acantonadas desde hace años, en el marco de la Operación Barkhane. Se rumorea que Burkina Faso, igual que Malí el año pasado, recurriría a la protección militar informal de Rusia (empresa Wagner) para contener la amenaza de los grupos yihadistas.<sup>54</sup>

<sup>52</sup> Arancón, art. cit., nota 48.

<sup>53</sup> *Ibid.*

<sup>54</sup> Véase Morgane Le Cam, “Burkina Faso junta demands new French ambassador”, *Le Monde*, 3 de enero de 2023, disponible en [https://www.lemonde.fr/en/international/article/2023/01/03/burkina-faso-junta-demands-new-french-ambassador\\_6010119\\_4.html](https://www.lemonde.fr/en/international/article/2023/01/03/burkina-faso-junta-demands-new-french-ambassador_6010119_4.html); y Vijay Prashad, “La nueva guerra fría se profundiza en África con la excusa del yihadismo y el terrorismo”, miscelánea de Carlos Valmaseda con fecha 3/1/23 para el sitio web de Salvador López Arnal, <https://slopezarnal.com/miscelanea-3-1-2023>.

Entre tanto, en Argentina, muchos siguen pensando –por derecha y por izquierda– que Francia es imperialista porque su selección de fútbol incluye deslealmente «muchos negros de las colonias». Así estamos... Nos sobra racismo y patriotismo, nos falta geopolítica e historia.

## Norte y Sur

El razonamiento lineal según el cual necesariamente debe existir algo así como un *neocolonialismo futbolístico* de Francia porque preexiste –cronológica y lógicamente hablando– un neocolonialismo económico y militar de dicha potencia, no resiste un análisis serio. Ese planteo tendría asidero si los numerosos jugadores negros y mulatos de la Tricolor fuesen mayoritariamente africanos nacionalizados de las antiguas colonias seducidos por agentes de *scouting*, pero no es el caso. Son casi todos franceses o europeos, vale decir, jóvenes nacidos y criados en la Francia metropolitana u otro país de Europa. Solo hay dos *Bleus* nacidos en África, sobre un total de 17. Pero ambos nacieron en ex colonias de Bélgica y Portugal, no de Francia, países africanos donde esta potencia tiene poca influencia. Las críticas deportivas a Francia por ventajismo neocolonial, tal como se las formula habitualmente, carecen de mayor fundamento.

Sin embargo, si complejizamos el análisis, podemos encontrar una veta imperialista en el fútbol francés. Porque no es un hecho casual ni inocente que los países de Europa occidental –con las ex metrópolis de Gran Bretaña y Francia a la cabeza– alberguen hoy tantos afrodescendientes. Desde mediados de la década del 60 hasta la actualidad, unas 440 mil personas emigran por año de África –en promedio– a otros continentes. Viven fuera de África más de 40 millones de inmigrantes africanos (primera generación); solamente en Europa, unos 20 millones. En Francia, un millón, sumando subsaharianos y magrebíes.<sup>55</sup>

¿Por qué migran? Huyen de la pobreza, del hambre, de la falta de oportunidades, de las guerras civiles, de los genocidios, de las epidemias... Muchas de estas personas son refugiadas. Ahora bien: si África es un continente de miseria y violencia generalizadas, azotado por sequías y pestes, abrumado por la desnutrición y la desigualdad, signado por la inestabilidad política y la crisis económica (deuda externa, recesión, inflación, desempleo, etc.), donde abundan los estados fallidos y los pasivos socioambientales, eso se debe, en gran medida, a la herencia nefasta que dejó el colonialismo europeo, una de las peores lacras del capitalismo moderno. El daño que la *Maafa* y el extractivismo le causaron al África difícilmente puedan ser exagerados. No habría tantos africanos pobres en Europa si antes no hubiera habido europeos tan rapaces y brutales en África. Las derechas racistas y xenófobas que hoy pululan en Europa –incluida Francia– olvidan que la inmigración africana masiva es el resultado histórico de siglos de codicia europea sin freno.

África es parte de la periferia subdesarrollada del capitalismo, mientras que Europa occidental integra el centro desarrollado de este sistema, su ciudadela. La desigualdad global Norte-Sur no es cuento. Tampoco es cuento la relación de dependencia estructural que conlleva. La emigración africana del último medio siglo no se puede entender si se hace abstracción del capitalismo, si se ignora olímpicamente lo que ha significado el tándem histórico colonialismo-extractivismo. Aunque algunos lo olviden, detrás de la demografía están la economía, la ecología y la política.

De modo que, si el fútbol francés se ha visto ampliamente beneficiado desde la década del 90 por el *boom* de la inmigración africana, no se puede negar que esa ventaja es susceptible de crítica, si se deja de lado todo patriotismo futbolero –visión estrecha y superficial si las hay– y se asume una perspectiva más amplia y profunda, asociada a la tradición anticapitalista de izquierda. No se trata de reclamar que Francia prescinda

<sup>55</sup> Véase IOM, *Irregular Migration from West Africa to the Maghreb and the European Union: An Overview of Recent Trends*, 2008, disponible en [https://publications.iom.int/system/files/pdf/mrs-32\\_en.pdf](https://publications.iom.int/system/files/pdf/mrs-32_en.pdf). Vid. también Pablo Moral, “Adónde migran los africanos”, en *El Orden Mundial*, 29 de noviembre de 2018, disponible en <https://elordenmundial.com/adonde-migran-los-africanos>.

de sus futbolistas nativos afrodescendientes (eso sería racismo), sino de recordar que la competencia deportiva está inserta en una realidad social que le impone límites y presiones. El imperialismo, el capitalismo en general, condicionan el fútbol, y de la peor manera: introduciendo privilegios y desventajas, aumentando la brecha entre ricos y pobres, entronizando a los poderosos y relegando a los débiles, haciendo de la mentada «meritocracia» una hipocresía deleznable.<sup>56</sup>

¡Claro que hay muchos jugadores negros en Francia y otras selecciones de Europa occidental, lo mismo que en sus clubes! ¿Cómo podría no haberlos? Los hay por todas las razones ya apuntadas, incluyendo la billetera, en el caso de los clubes: la Premier League, la Liga española, el Calcio, la Bundesliga, el Championnat, pagan sueldos mucho más suculentos que las ligas africanas o latinoamericanas, y ofrecen mejores perspectivas de realización profesional. *Poderoso caballero es Don Dinero*, diría Quevedo...

Pero hay otro aspecto, que se suele olvidar: desde un punto de vista demográfico, África es el más joven de todos los continentes; mientras que Europa es el más envejecido. Están en fases distintas de la llamada *transición demográfica*: tasas de mortalidad no tan diferentes (bajas), pero tasas de natalidad todavía muy disímiles (altas en África, bajas en Europa). Al norte del Mediterráneo, la tendencia es al crecimiento cero, si se dejan de lado los saldos migratorios positivos. Al sur del Mediterráneo, aún persiste la explosión demográfica, no tanto en el Magreb, pero sí en la región subsahariana. El fenómeno de la inmigración africana masiva en Europa no puede sino modificar profundamente la composición étnico-racial de este continente, cuyo crecimiento vegetativo (diferencia entre nacimientos y defunciones) ha venido oscilando entre lo exiguo y lo nulo. Esto es muy notorio en el caso de Francia, como ya hemos visto oportunamente. Una sociedad francesa envejecida –no tanto como la alemana, pero con un índice de fecundidad que no llega al umbral de reposición– y que mantiene altas tasas de inmigración no europea en el largo plazo (principalmente africana), se vuelve cada vez más multiétnica y multirracial. ¿Cómo esta mutación demográfica por abajo no habría de verse reflejada por arriba en los planteles de fútbol, incluida la selección nacional?<sup>57</sup>

En Francia y toda Europa, las derechas racistas y xenóforas se horrorizan ante tales cambios. Sus *haters* propalan discursos alarmistas sobre la «decadencia» de la francesidad y la europeidad, baluartes de la «civilización occidental» (cristiana o laica, según la versión). ¡Allá ellas! A un socialista libertario e

<sup>56</sup> Esto vale también para el fútbol argentino, que encierra enormes desigualdades de presupuesto entre los denominados *clubes grandes* (Boca y River especialmente) y los *clubes chicos*. Tales desigualdades reproducen el histórico desequilibrio regional entre Buenos Aires y el Interior, la estructura centralista del país resultante de sus procesos económicos, demográficos y políticos. No obstante, un escalón más abajo, en las provincias, también existen grandes asimetrías de poderío económico entre los clubes argentinos. Nos suele molestar la obscenidad capitalista del fútbol europeo, pero rara vez nos quejamos de la obscenidad capitalista del fútbol doméstico. Un anticapitalismo selectivo, antojadizo, acomodaticio, puramente «antiimperialista» (la opulencia del Real Madrid, el PSG, el Chelsea o el Bayern Múnich está mal, pero la de River o Boca resultaría tácitamente aceptable), no es anticapitalismo, aunque los hinchas que lo cultiven militen en la izquierda. Lo dicho es aplicable a otras ligas sudamericanas, por supuesto (ni hablar el *Brasileirão*). Lo peor de todo es que la desigualdad de finanzas –y palmarés– en el fútbol de clubes, desde hace bastante tiempo escandalosa, no para de crecer y crecer. El éxodo de jugadores latinoamericanos y africanos a Europa es cada vez mayor y más precoz. Hoy por hoy, esperar que un sudamericano gane el mundial de clubes se ha vuelto casi una quimera. Las últimas diez ediciones de este torneo internacional han tenido campeones exclusivamente europeos. Desde que la FIFA organiza el mundial de clubes (2000), se han disputado 19 copas. La UEFA acumula quince; la Conmebol, apenas cuatro (Argentina ninguna, todas Brasil). Más triste que esto es ver cómo los sudamericanos ya ni siquiera tienen capacidad de *competir* –metafóricamente hablando– con los europeos. De hecho, se ha vuelto habitual que queden eliminados en semifinales, sin siquiera verles la cara a los representantes de la UEFA (ya ocurrió seis veces, incluyendo la última edición, donde Flamengo fue eliminado por Al-Hilal, el club saudí campeón del Asia que dirige Ramón Díaz).

<sup>57</sup> Véase Ansley J. Coale, *La transición demográfica*, CELADE, Santiago de Chile, 1977. Juan F. Martín Ruiz, “La crisis de la transición demográfica en el África Subsahariana: pobreza y población en el mundo actual”, en *Investigaciones geográficas*, n° 42, abr. 2007, pp. 61-88, disponible en <https://doi.org/10.14198/INGEO2007.42.03>. EUROSTAT, *Demografía de Europa - estadísticas visualizadas – edición 2021*, disponible en <https://www.ine.es/prodyser/demografia UE>. Los datos demográficos sobre Francia fueron tomados de la página web del INSEE, <https://www.insee.fr/en/accueil>.

internacionalista como el que escribe estas líneas, todo ese tremendismo paranoico y cuasi-apocalíptico basado en el esencialismo étnico o nacionalista y la supremacía blanca, le parece tragicómico: cómico por su estulticia intelectual, trágico por sus consecuencias sociales y políticas (ya operantes o posibles). No veo en la multietnicidad y la multirracialidad de las sociedades contemporáneas ninguna maldición, sino una oportunidad estimulante para enriquecer la convivencia humana en la interculturalidad y la fraternidad. La maldición la veo en otro lado: el capitalismo.

### A modo de colofón

En el *sprint* final de este ensayo, quiero volver al artículo de Alabarces que cité al inicio, en el epígrafe. Hay textos que piden ser circulares, como los uróboros, esos dragones o serpientes fabulosas que solían aparecer en los bestiarios medievales mordiéndose la cola. Ya ha pasado casi un lustro desde la publicación de “Fútbol, xenofobia, racismo, discriminación y algunas manchas más del tigre”, y sin embargo, no ha perdido un ápice de vigencia. Mérito de Alabarces, por producir un conocimiento sociológico que trasciende lo anecdótico. Pero también –hay que decirlo– demérito de Argentina, por la contumacia de sus taras sociales.

Citemos nuevamente a Alabarces. *In extenso*. Vale la pena.

[...] El fútbol latinoamericano se inventó sobre una disputa étnica disfrazada, en ocasiones de antiimperialismo, en los procesos de criollización de un juego inventado por europeos. Pero una vez superada la etapa fundacional, dejó paso a dos articulaciones conflictivas: a las narrativas de diferenciación internas –porteños contra provincianos argentinos, santiaguinos contra porteños chilenos, cariocas contra paulistas brasileños, costeños contra serranos en Colombia, Ecuador y en menor medida en Perú– y a la racialización de la etnicidad afrodescendiente, un eje clave que fue crucial para la invención del fútbol «popular» brasileño, uruguayo y peruano.

A partir de 1916, estos ejes comenzaron a jugar a escala internacional. Ese año, la Liga chilena exigió la pérdida de los puntos obtenidos por el equipo uruguayo en el primer campeonato sudamericano por alistar «jugadores africanos». En el Sudamericano de 1921, jugado en Buenos Aires, el presidente brasileño Epitacio Pessoa impuso su voluntad de que el equipo brasileño fuera integrado solo por jugadores blancos, ya que el año anterior, al pasar por Buenos Aires rumbo al Sudamericano de Chile, los brasileños habían sido tratados de «macaquitos» por la prensa argentina. No estamos descubriendo aquí la presencia del racismo en las sociedades «blancas» latinoamericanas. Solo estamos recordando que el fútbol permitió, desde entonces y con ventaja, su puesta en escena.

Desde la década de 1930, todos estos ejes fueron narrados fundamentalmente por la prensa popular con el consiguiente predominio de la estereotipificación. La prensa organiza y narra mediante estereotipos sencillamente porque es el modo de que dispone para organizar con sencillez un mundo caótico. El problema surge cuando el estereotipo también organiza la comprensión del mundo porque no hay otro argumento disponible. Y aquí, nuevamente, aparece el problema del poder: los narradores fueron (y todavía lo son mayoritariamente) blancos y de clases medias, por lo que todas las narrativas fueron organizadas desde sus puntos de vista. La voz dominante y la mirada casi única en todo el continente, sigue siendo blanca, urbana y de clase media.<sup>58</sup>

Leyendo a Alabarces, logramos constatar lo que podíamos intuir: que el racismo en el fútbol argentino y sudamericano es tan viejo como el fútbol argentino y sudamericano. También los estereotipos: las generaciones mayores de Argentina seguramente recuerdan el «hincha de Camerún» de la historieta *Clemente*: un espectador africano patéticamente solo en la tribuna, socarronamente representado con un

<sup>58</sup> Alabarces, “Fútbol, xenofobia, racismo...”, art. cit., nota 1.



hueso en la cabeza (clásica alusión racista al canibalismo) y ridículamente falto de toda picardía o ingenio, que cantaba con monotonía “borobombom, borobombom, yo soy el hincha de Camerún”. *Nihil novum sub sole*, nada nuevo bajo el sol... Pero sigamos con la cita:

No pretendemos adjudicar, sin embargo, los excesos de homofobia, xenofobia y de racismo de las hinchadas latinoamericanas a la cultura de masas. Esta simplemente pone en escena los relatos dominantes. Sociedades ampliamente homofóbicas, xenofóbicas y racistas no pueden sino tener una cultura de masas –y por consiguiente, un fútbol– con esas características. Lo que el fútbol permite, por su masividad, es una mayor visibilidad de esas tramas y una puesta en escena de masas. No se trata del gesto racista cotidiano, sino de una multitud que reprocha la negritud de algún jugador de fútbol en sociedades mayoritariamente blancas. Por su parte, el relato xenófobo se disfraza de chiste: el periodismo deportivo tiene en muy alta estima su propio humor y cree que las andanadas mutuas entre chilenos y peruanos, argentinos y brasileños o colombianos y venezolanos pueden ser reproducidas con el argumento del folklorismo («siempre ha sido así») y el humor («no es serio»).

El panorama es, entonces, terrible. Las reglamentaciones de la FIFA, que pocos resultados parecen haber logrado en el mundo de la UEFA, menos aún han conseguido en el mundo de la Conmebol. Es posible que el relativo fracaso se deba a una cuestión de poder. Los que dictan esas reglas, por respeto a la corrección política, pertenecen a los mismos sectores que pueden ejercer –y ejercen– la discriminación múltiple (blancos, urbanos, y de ser posible ricos). En el caso argentino, nadie cree seriamente que esté muy mal acusar de negro, boliviano o «puto» a un rival: son «cosas de hombres», de «pulsaciones a mil» en el momento del juego. Menos aún se le puede reprochar a algunas decenas de miles de hinchas que simplemente reproducen la ética de sus clases dominantes.

La posible reversión de este proceso exige mucho más que algunas reglas punitivas bien escritas. En agosto de 2017, el jugador colombiano y afrodescendiente Frank Fabra, que juega en Boca Juniors de Argentina, fue insultado por los hinchas rivales de Estudiantes de La Plata con gritos previsibles de «negro, puto, colombiano». El árbitro decidió no interrumpir el juego alegando que los gritos no provenían de todo el estadio. Es decir... eran solo un chiste.<sup>59</sup>

Volvamos a lo nuestro: Catar 2022. Está muy bien que hayamos hinchado fervorosamente por Argentina en la final del mundial, lo que implicaba cierto «folclore» de rivalidad deportiva entre potencias futbolísticas. Y está muy bien, asimismo, que condenemos el capitalismo y el neocolonialismo, dentro y fuera del fútbol. Pero para hacer todo eso no necesitamos engañarnos con chicanas chovinistas y racistas del tipo *la selección francesa está llena de africanos nacionalizados o «negros de las colonias»*.

No está mal *politizar* el fútbol (léase: visibilizar y discutir las relaciones de poder que lo atraviesan, a nivel material y simbólico). Pero si vamos a politizar el fútbol, hagámoslo con honestidad intelectual, información chequeada, coherencia lógica y medida crítica, no con instrumentalizaciones oportunistas de demagogia conservadora o *nac & pop*.<sup>60</sup>

Por lo demás, ¿qué hay del *colonialismo interno* en Argentina? ¿Nos olvidamos de la conquista del «Desierto» y del Chaco, y de sus traumáticas consecuencias históricas (despojo de tierras, genocidio, aculturación, etc.) para mapuches, tehuelches, qom, wichís y otros pueblos originarios? ¿O vamos a caer en el cinismo de negar que fue colonialismo «en sentido estricto», sacando de la galera el tecnicismo estúpido de que no se trató de un expansionismo *ultramarino*, como el europeo? Igual que Estados Unidos y Canadá

<sup>59</sup> *Ibid.*

<sup>60</sup> Por ejemplo, no olvidando el dato estadístico de que, por la selección argentina, a lo largo de su rica historia, pasaron más de veinte jugadores extranjeros: cinco británicos, tres españoles, tres paraguayos, dos italianos, dos uruguayos, un alemán, un brasileño, un colombiano, un australiano, un ucraniano, un francés y un estadounidense. ¿Algunos nombres destacados? Alfred Peel Yates, Constantino Urbieta Sosa, Vladimiro Tarnawsky, Heriberto Correa, Manuel de Saá, Marius Hiller, Walter Perazzo, Andrés Mack, Héctor Henman, Aarón Wergifker... *Vid.* Federico Koniszczek, “Son 23 y podrían ser más”, en *La Nación*, 8 de junio de 2022.

con el Oeste norteamericano, igual Rusia con Siberia y el Turquestán, igual que Australia con el *Outback*, igual que Chile con el *Gulumapu* (Araucanía), igual que Brasil con la Amazonía y el Mato Grosso, igual que los bóeres con el interior de Sudáfrica, igual que México con las fronteras de Sonora y Chihuahua, Argentina llevó a cabo una expansión colonial en el siglo XIX, tanto en el sur pampeano y patagónico como en el nordeste chaqueño. ¿Qué diablos importa –en términos morales y políticos– que estos ejemplos de expansionismo hayan sido por vía terrestre y no por vía naval, como en el caso de Francia, Gran Bretaña, España, Portugal y otras potencias europeas?

¿Y qué pasa con las asimetrías regionales de nuestro país? ¿Nos olvidamos del centralismo de Buenos Aires y la postergación económica del Interior, que tantas secuelas negativas ha tenido para el desarrollo de nuestro fútbol, hegemonizado por una minúscula plutocracia de clubes porteños y bonaerenses que esquilman las inferiores de sus competidores más humildes de Santa Fe, Córdoba, Mendoza y otras provincias? ¿Y qué hay de la infinidad de jugadores de otros países sudamericanos (Uruguay, Paraguay, Colombia, etc.) que migran a la Argentina porque aquí consiguen contratos más altos? Nos acordamos del negocio capitalista del fútbol solo cuando nos conviene, o sea, para criticar a los clubes europeos que parasitan a River y Boca, olvidando que River y Boca, a su vez, parasitan a sus pares argentinos y sudamericanos con menos billetera.

Crítica sin autocrítica no es crítica, poco y nada es lo que vale. La madre del borrego en el fútbol no es el neocolonialismo europeo (que existe, pero que está donde no se lo sabe o quiere buscar). La verdadera madre del borrego es el capitalismo. Eso significa, en términos concretos, dos cosas: primero, que todo antirracismo y antiimperialismo que no sean consecuentemente anticapitalistas, no pueden revolucionar el fútbol; y segundo, que no es posible revolucionar el fútbol si antes no se revoluciona la sociedad. Esto nos devuelve a dos verdades de Perogrullo: la utilidad de la teoría y la centralidad de la política.

Al fútbol y al mundo no los va a salvar ninguna reforma tokenista. Al fútbol y al mundo solo los puede salvar la revolución socialista. El camino no es el posibilismo. El camino es la utopía.

### **POST SCRIPTUM**

Así como la coyuntura futbolera mundialista, con su alud de críticas a la supuesta «artificialidad» e «ilegitimidad» de la composición multirracial de varias selecciones europeas (especialmente Francia), dieron pie a que *The Washington Post* publicara el artículo de Edwards sobre afrodescendencia en Argentina, este último dio pie, a su vez, a un recrudecimiento del viejo debate identitario en torno los orígenes étnico-raciales de la argentinidad, que había tenido un pico de masividad en junio de 2021, cuando el presidente Alberto Fernández declaró –frase burda y poco feliz– que “los mexicanos salieron de los indios, los brasileros salieron de la selva, pero nosotros los argentinos llegamos de los barcos, y eran barcos que venían de allí, de Europa, y así construimos nuestra sociedad”<sup>61</sup> en el marco del Encuentro Empresarial Argentina-España, ante el mandatario español Pedro Sánchez. Aunque profundizar en un debate tan espinoso excedería la finalidad y extensión del presente ensayo, no quisiera desaprovechar la oportunidad de sumar algunos párrafos, habida cuenta que, más allá de su intrínseca relevancia social y político-cultural, tiene nexos evidentes con la problemática que aquí hemos abordado.

La afrodescendencia está en boga: tópico de investigación académica, musa inspiradora de la literatura y las artes, contenido curricular en todos los niveles del sistema educativo, temática de divulgación (libros y documentales de TV), políticas estatales de visibilización social y reparación histórica (efeméride “Día Nacional de los/as Afroargentinos/as y de la Cultura Afro”, nuevo ítem de relevamiento censal, Comisión para

<sup>61</sup> <https://www.youtube.com/watch?v=VBuKulWvHcI>.

el Reconocimiento Histórico de la Comunidad Afroargentina, etc.), fundamento identitario de la militancia antirracista (colectivo DIAFAR)... Es un fenómeno global, ante el cual Argentina no ha permanecido al margen. El INADI ha hecho de la afrodescendencia uno de los principales ejes de sus campañas de concientización, a favor de la diversidad y en contra de la discriminación. El CONICET, por su parte, la considera un área prioritaria en ciencias sociales, lo cual se ha reflejado en la publicación de infinidad de libros y *papers* especializados. El último censo (2022) incluyó una pregunta específica sobre afrodescendencia a toda la población, ya no a un segmento minoritario –menos del 10%– como en la prueba piloto de 2010.<sup>62</sup>

Ezequiel Adamovsky, Lea Geler, Eva Lamborghini, Alejandro Frigerio, Florencia Guzmán, Martha Maffia y otros historiadores sostienen que en Argentina hubo un proceso ideológico de *blanqueamiento*, de negación e invisibilización de las minorías afrodescendientes.<sup>63</sup> La élite liberal-conservadora que, durante la segunda mitad del siglo XIX, diseñó la Argentina moderna, era profundamente racista, un poco por pervivencia de los viejos valores de la aristocracia criolla y otro poco por influjo de las nuevas ideas positivistas y socialdarwinistas. Este racismo se tradujo en el fomento sistemático de la inmigración europea en masa como agente de «progreso» y «civilización». El mestizaje entre la población nativa y los contingentes gringos pasó a considerarse como la panacea de la modernización, la clave del éxito de la Argentina. Se pensaba que era imprescindible disminuir todo lo posible el peso demográfico del elemento criollo, «mezcla degenerativa» entre lo español, lo indígena y lo africano heredada de la Colonia. Para las generaciones del 53 y el 80, para intelectuales y estadistas como Alberdi y Sarmiento, Mitre y Roca, la solución al «atraso» material y espiritual de la nación radicaba en la renovación racial del pueblo argentino con sangre europea. El «populacho» mestizo, donde abundaban los gauchos, fue tratado con desdén, juzgado como una «rémora de la barbarie», un factor retardatario que la inmigración europea tenía que contrapesar, corregir. Tal desprecio no fue menos virulento en el caso de los afrodescendientes, como ilustra el libro de Sarmiento *Conflicto y armonías de razas en América* (1883).

Sarmiento, ansioso por ver realizado su proyecto modernizador de una Argentina blanca y europea, se apresuró a sentenciar la pronta extinción de la comunidad negra y mulata, como resultado de la inmigración europea aluvial y el mestizaje. Ya en 1869, cuando había impulsado como presidente el primer censo nacional, había logrado que prevaleciera el criterio de no diferenciar como categoría demográfica a la población afrodescendiente, cuando esta aún era una minoría importante y distintiva, seguramente no inferior al 10%.<sup>64</sup> Tal criterio se mantuvo en los siguientes censos (1895, 1914, etc.), con cifras absolutas y relativas

<sup>62</sup> Vid. Eva Lamborghini *et al.* “Los estudios afrodescendientes en Argentina: nuevas perspectivas y desafíos en un país ‘sin razas’”, en *Tabula Rasa*, n° 27, jul.-dic. 2017, pp. 67-101, <https://doi.org/10.25058/20112742.445>. Véase también Dana Rosenzvit, “Política estatal afrodescendiente en Argentina: continuidades y rupturas entre el neoliberalismo y el kirchnerismo”, en *Trabajo y Sociedad*, n° 34, verano 2020, pp. 429-453, <http://hdl.handle.net/11336/146184>. Asimismo, consúltese INADI, *Afrodescendientes y equidad racial. Recurso normativo y políticas públicas para la comunidad afroargentina*. Bs. As., 2021, descargable en PDF desde el siguiente enlace: <https://www.argentina.gob.ar/noticias/presentamos-el-recurso-afrodescendientes-y-equidad-racial>. La página web de la Diáspora Africana de la Argentina (DIAFAR) es <https://diafar.org>. Respecto a la afrodescendencia en los últimos dos censos, véase [www.clarin.com/sociedad/censo-2022-importante-reconozca-existencia-dicen-comunidad-caboverdiana\\_0\\_Vk0YnOL8An.html](http://www.clarin.com/sociedad/censo-2022-importante-reconozca-existencia-dicen-comunidad-caboverdiana_0_Vk0YnOL8An.html).

<sup>63</sup> Para una «cartografía» básica de autores y obras, véase Lamborghini *et al.*, art. cit., *passim*. No obstante, téngase en cuenta que ha quedado un poco desactualizada, pues data de 2017. En los últimos cinco años, salieron de imprenta libros como el de Florencia Guzmán y María de Lourdes Ghidoli, *El asedio a la libertad: abolición y posabolición de la esclavitud en el Cono Sur*, Bs. As., Biblos, 2020; Magdalena Candiotti, *Una historia de la emancipación negra. Esclavitud y abolición en la Argentina*, Bs. As., Siglo XXI, 2021; y Marcelo Valko, *Esclavitud y afrodescendientes. Acerca del genocidio en América*, Bs. As., Peña Lillo, 2021.

<sup>64</sup> “...en 1869 se realiza el Primer Censo Nacional de Población durante el gobierno de Domingo Faustino Sarmiento. Este censo marca el inicio de la etapa estadística en la Argentina. [...] De acuerdo con este censo la población total de la Argentina era de 1.877.490 habitantes. No incorporó preguntas relativas a ‘raza’ o ‘color’ como lo hacían los padrones del período colonial [...]. No obstante, en el apartado donde hace referencia a la población longeva, afirma que el número de ‘individuos’ de origen africano es de sólo 1.172, ‘que son todos los que existían en la república en 1869’. Dice además que la alta proporción de longevos de ‘raza africana’ habla de la fortaleza de este grupo que ‘atravesaba con impunidad las epidemias’. [...] Ahora bien, teniendo en cuenta que el censo no incorporó preguntas relativas a ‘raza’ o ‘color’ planteamos aquí un interrogante: ¿cómo se llega a esa cifra de 1.172 individuos que representaría el 0,06%, es decir, menos del 1 por mil de la población? Esta cifra es increíblemente baja y a todas luces equivocada. Basta observar que para la ciudad de Buenos Aires el censo [municipal] de 1887 cuenta 8.000 negros, solo en esa ciudad [...]. Por lo tanto, esa afirmación del censo, más que una medición correcta, parecería ser una expresión de deseos. [...] Resulta

en acelerado descenso. Paralelamente, se generalizaban –tanto a nivel informal como oficial– rótulos ambiguos como *morocho/a* o *trigueño/a*, que englobaba confusamente a toda la población no blanca del país: indígenas, afrodescendientes, personas mestizas en general, inmigrantes de tez bronceada procedentes de la Europa mediterránea y el Cercano Oriente, inmigrantes de países sudamericanos vecinos. Así y todo, en las primeras décadas del siglo XX, el fenotipo negro/mulato todavía era perceptible en la vida cotidiana porteña (como hoy aún lo es en algunos lugares de Uruguay), no obstante la masividad de la presencia gringa y el mestizaje. Hablamos de *afro-rioplatenses nativos*, no de inmigración nueva, ya sea caboverdiana o afroamericana.

A largo plazo, sin embargo, es un hecho que la afrodescendencia fue perdiendo cada vez más visibilidad en Argentina. La perdió en términos fenotípicos y culturales, debido al impacto de los cambios demográficos operados. Ahora bien: eso no significa que la sociedad argentina actual no conserve un componente afro, tanto a nivel genético como a nivel de tradiciones populares.<sup>65</sup> Mal que les pese a algunos, nuestro país tiene *en parte* raíces biogenéticas y culturales africanas. La tez *morocho* de buena parte del pueblo argentino de hoy se explica no solo por la ancestría indígena, o por las migraciones más recientes desde países vecinos muy mestizados como Bolivia y Paraguay, sino también por la envergadura que supo tener la comunidad negra y mulata en el Río de la Plata colonial y decimonónico (casi un tercio de la población antes de la Revolución de Mayo, y todavía un cuarto en tiempos de Rosas)<sup>66</sup>. Negarlo es racismo. Lo mismo puede decirse de la cultura argentina, cuyos orígenes no pueden ser reducidos al aporte europeo sin incurrir en una simplificación. Nuestra música, nuestro carnaval, nuestro lenguaje –por citar solo algunas manifestaciones culturales– recogen un legado afro.<sup>67</sup> Lo mismo cabe decir del legado indígena. Todo esto, durante mucho tiempo, ha sido invisibilizado o infravalorado por influjo de prejuicios racistas, más o menos conscientes o inconscientes. Enhorabuena que, en estos últimos años, hayamos empezado a revisar nuestra historia nacional, a complejizar nuestra identidad colectiva en un sentido más inclusivo, más diverso, más

---

conveniente señalar que la desaparición estadística de los indígenas precedió y acompañó la ‘Campana del Desierto’ liderada por Roca en 1879 y la Conquista del Chaco del año 1884”. Anny Ocoró Loango, “La visibilización estadística de los afrodescendientes en la Argentina, en perspectiva histórica”, en revista *Trama*, n° 7, Montevideo, dic. 2016, pp. 62-63, disponible en <http://www.auas.org.uy/Trama/index.php/Trama/article/view/104/67>.

<sup>65</sup> En estos últimos 30 años, se ha producido un nuevo auge de la inmigración negra y mulata en Argentina. Esta inmigración procede no solo del África subsahariana (Senegal, Nigeria, Costa de Marfil, Camerún, Ghana, Guinea, etc.), sino también de países caribeños donde hay mucha población afrodescendiente (principalmente Colombia, Venezuela, República Dominicana y Haití). Se trata de personas exiliadas por motivos económicos (pobreza, hambre, desempleo), pero también de refugiados/as por guerras civiles, conflictos tribales, persecuciones políticas o religiosas y genocidios. Por otra parte, más recientemente, se ha dado un proceso paralelo de racialización y reetnicización asociado al activismo afro. Todavía no fueron publicados los datos del último censo, pero el censo de 2010 contabilizó casi 150 mil personas que se reconocen como africanas o afrodescendientes, cifra que representa un 0,4% de la población argentina. Hoy esos guarismos deben ser un poco mayores, por efecto de la inmigración y autopercepción afro *in crescendo*. De acuerdo al Censo del Bicentenario, el 92% de la población negra y mulata residente en la República Argentina es nativa; y dentro del 8% de afrodescendientes de origen extranjero, la gran mayoría (nueve décimos) procede de países latinoamericanos y caribeños. Pero en doce años (2010-2022), estos valores tienen que haberse modificado sensiblemente. Véase Dirección Nacional de Población, *Perfil demográfico y distribución espacial de afrodescendientes de y en Argentina*, nov. 2021, disponible en <https://www.argentina.gob.ar/interior/renaper/estadistica-de-poblacion/perfil-demografico-y-distribucion-espacial-de>.

<sup>66</sup> Véase nota 5. Para el período tardocolonial, a veces se mencionan porcentajes más altos –superiores al 40 o incluso al 50%– en el caso de varias jurisdicciones del Interior como Santiago del Estero, Catamarca, Salta, Córdoba y Tucumán. Pero, aunque a menudo no se lo sepa o no se lo aclare, tales cifras corresponden a los núcleos urbanos, y debe tenerse en cuenta que el Río de la Plata de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX –al igual que cualquier sociedad preindustrial– tenía una población muy mayoritariamente rural. En la campaña, donde habitaban –cuanto menos– dos de cada tres rioplatenses (hay autores que elevan la proporción a  $\frac{3}{4}$  o más, según las fuentes y los criterios que se manejen), la presencia negra o afrodescendiente era sensiblemente inferior a la de las ciudades, ya que en estas latitudes tan australes del continente la esclavitud estaba fundamentalmente asociada al servicio doméstico y las artesanías, no a la agricultura de plantación como en el Brasil, las Guayanas, el Caribe o el Sur de EE.UU.

<sup>67</sup> Hay muchas palabras rioplatenses de origen africano como *mucama*, *bochinche*, *dengue*, *mondongo*, *quilombo*, *mandinga*, *candombe* y *milonga*. El culto a San Baltasar, el rey mago, que todavía se conserva en las provincias del Litoral, es de origen negro. Entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, la comunidad negra y mulata de Buenos Aires se destacó por sus aportes a la música. El caramba, el marote, la milonga y el tango, géneros con orígenes o influencias afro (más que nada en sus ritmos), se volvieron muy populares, especialmente los dos últimos. El candombe, con sus bulliciosas comparsas y frenéticos tambores, continuó siendo muy popular, sobre todo en los corsos y festejos de Carnaval (en Uruguay, esta tradición se ha mantenido vigorosa hasta la actualidad). Muchos compositores, intérpretes (pianistas, guitarristas, bandoneonistas, violinistas, etc.) y directores de orquesta eran negros o mulatos. Varios de ellos fueron célebres: Rosendo Mendizábal, Carlos Posada, Enrique Maciel, Cayetano Silva, Zenón Rolón... También hubo payadores afrodescendientes, como el porteño Gabino Ezeiza y el tucumano Higinio Cazón.

multirracia e intercultural. Nos debíamos como sociedad un *desblanqueamiento*. Personalmente, celebro mucho este avance de la conciencia antirracista en la Argentina del siglo XXI.

Ahora bien: no debemos perder la medida crítica. En la justa lucha contra el racismo no tenemos que mitologizar el pasado. Frente al mito conservador, elitista, oligárquico de una Argentina exclusivamente blanca, no tenemos que postular un mito diametralmente opuesto, un mito progresista, un mito *nac & pop*, un mito *políticamente correcto* que relativiza en demasía –subestima– la etnicidad europea por motivos ideológicos de «justicia poética», confundiendo ucronía con historiografía, deseo con realidad. Si antes cometimos el error de negar o minimizar nuestra raigambre indígena, africana y mestiza, ahora no deberíamos cometer el error inverso de sobredimensionarla románticamente, negando o subestimando nuestra herencia europea. Para bien o para mal, suene simpático o antipático decirlo, Argentina tiene un muy fuerte componente europeo, tanto en su genoma como en su cultura. No solo eso: nuestro país es uno de los más europeos de América Latina. Eso no nos hace ni mejores ni peores, al menos en mi opinión. No estoy formulando una valoración, sino una *descripción*. Me limito a constatar una verdad histórica y demográfica.

Si comparamos Argentina con la inmensa mayoría de los países latinoamericanos (algo que los académicos que investigan y escriben sobre afrodescendencia evitan hacer, por razones de implicación ideológica y/o corrección política), es evidente que nuestro país recibió un impacto inmigratorio europeo excepcionalmente alto, similar al de Estados Unidos y Canadá, o –fuera del continente– al de Australia, Nueva Zelanda y Siberia. En América Latina, únicamente la experiencia histórica de Uruguay resulta equiparable, si hablamos de porcentajes. En términos absolutos, con más de 6,5 millones de inmigrantes, Argentina fue el segundo mayor destino mundial del éxodo europeo, detrás de EE.UU. y por delante de Canadá, Brasil y Australia. Pero en términos relativos, sopesando la envergadura de las poblaciones preexistentes, el caso argentino superó al estadounidense: a principios del siglo XX, el populoso país del Tío Sam tenía un 15% de habitantes nacidos en el extranjero, mientras que la mucho menos poblada Argentina llegó a duplicar esa cifra. Dentro del continente americano, solo Canadá y Uruguay recibieron proporcionalmente más inmigrantes europeos.<sup>68</sup>

Como hemos dicho, la comunidad negra y mulata fue importante en el Río de la Plata colonial y decimonónico, al menos si se compara esta región con otras de América como Chile, México y Canadá, donde la esclavitud fue marginal y se abolió antes. La minoría afrodescendiente representó un 30% de la población del Virreinato del Río de la Plata hacia fines del siglo XVIII, y un 26% de la población de la Confederación Argentina en tiempos de Rosas. No es poco. Sin embargo, si comparamos al Río de la Plata con las zonas tropicales o subtropicales de América donde prevaleció el régimen de plantación, como Brasil, el Caribe, las Guayanas, Guayaquil, la costa norte peruana o el *Deep South* norteamericano, las cosas son diferentes. Allí, la población negra y mulata alcanzó cifras superiores al 40, 50 y 60% (dependiendo de cada caso), o incluso más: 70, 80 y 90% en varias Antillas. Son realidades demográficas muy distintas, y esto quedó reflejado no solo a nivel de genotipos y fenotipos, sino también (lo cual es mucho más importante) a nivel étnico-cultural. La afroamericanidad está presente en todo el continente, desde Canadá hasta el Cono Sur. Pero con diferencias de grado o magnitud relativa muy importantes. Brasil o las Guayanas, el Caribe<sup>69</sup> o

<sup>68</sup> Carol R. Ember *et al.*, *Encyclopedia of Diasporas: Immigrant and Refugee Cultures Around the World* (2 vols.). Nueva York, Springer Science/Business Media, 2005, *passim*. Francisco Lizcano Fernández, “Composición étnica de las tres áreas culturales del continente americano al comienzo del Siglo XXI”, en *Convergencia*, n° 38, vol. 12, Toluca, mayo/ago. 2005, disponible en [https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1405-14352005000200185](https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-14352005000200185). John Powell, *Encyclopedia of North American immigration*. Nueva York, Facts On File, 2005, *passim*, disponible en <https://archive.org/details/encyclopediaofno0000powe>. Australian Bureau of Statistics, “Cultural Diversity in Australia” (censo nacional de 2016), 28 de junio de 2017, disponible en <https://www.abs.gov.au/ausstats/abs@.nsf/Lookup/by%20Subject/2071.0~2016~Main%20Features~Cultural%20Diversity%20Article~60>. Mónica Sans, “«Raza»: adscripción étnica y genética en Uruguay”, en *Runa*, n° 30, vol. 2, pp. 163-174, 2009. Fernando Devoto y Roberto Benencia, *Historia de la inmigración en la Argentina*. Bs. As., Sudamericana, 2003.

<sup>69</sup> Por Caribe se entiende aquí no solo las Antillas mayores y menores, sino también la Centroamérica continental y la costa atlántica venezolana-colombiana. Entre los países centroamericanos de tierra firme con minorías más nutridas de afrodescendientes, se encuentran Belice (26%) y Panamá (16%), seguidos de Nicaragua (9%) y Costa Rica (8%). Datos tomados de *The World Factbook* de la CIA, <https://www.cia.gov/the-world-factbook>.



EE.UU., algunas zonas del Pacífico tropical sudamericano como Piura (Perú) o la costa ecuatoriana, tienen una herencia afro –biogenética y cultural– mucho mayor que Chile, Canadá o Bolivia, o que Argentina. Ciudades como Salvador de Bahía, Puerto Príncipe y Nueva Orleans tienen comunidades afrodescendientes y culturas afroamericanas incomparablemente más numerosas y desarrolladas que Toronto, La Paz o Buenos Aires. Reconocer esto no es negacionismo racista ni mitología excepcionalista. Es comprensión histórica y sociológica de la diversidad americana. ¿Cómo es posible que esta elemental constatación resulte políticamente incorrecta, sospechosa de racismo?

La ambigüedad de relatar sin cuantificar ni comparar se ha vuelto una zona de confort para la progresía académica. No es una práctica intelectual que debamos celebrar ni emular. Se repiten frases hechas como *Argentina tiene una significativa presencia indígena, afrodescendiente y mestiza*. ¿Qué sería exactamente algo «significativo»? ¿Significativo en relación a qué tiempo o lugar? ¿Cuál sería la medida de la comparación diacrónica o sincrónica que implícitamente se plantea? ¿Hablamos de cifras absolutas o relativas? Nada de esto se aclara. Todo queda en la nebulosa de una retórica multiculturalista complaciente: *todos las sociedades son diversas, y sanseacabó*.

¿Los argentinos y las argentinas venimos de los barcos? Dicho así, sería un reduccionismo. Pero si dijéramos que los argentinos y las argentinas *en gran parte* venimos de los barcos –mayoritariamente, de hecho– no faltaríamos a la verdad. Ciertamente, el origen inmigratorio europeo no es algo de lo que debamos enorgullecernos. No nos hace superiores, mejores, como cree mucha gente de derecha. Tampoco nos hace peores. El racismo –blanco o cualquier otro– es un insulto a la ciencia y a la ética que debíamos dejar atrás cuanto antes.

Además, de los barcos que llegaban a Buenos Aires y Montevideo no solo descendieron conquistadores y colonos blancos procedentes de Europa, sino también esclavos negros (no menos de 200 mil, entre los años 1585 y 1835) procedentes de África y Brasil.<sup>70</sup> Es curioso cómo olvidamos el origen ultramarino de la población afro-rioplatense...

¿Podemos y debemos hablar de un *mito de la Argentina blanca*? Desde luego que sí, pero solo hasta cierto punto. ¿Es racismo reducir la argentinidad a la europeidad? Por supuesto que sí. Nuestro país también posee raíces indígenas, africanas y mestizas que no debemos negar ni infravalorar. Pero, para ser respetuosos de nuestra diversidad genética y cultural como sociedad, no es necesario –ni saludable– anteponer la corrección política al rigor científico. Cuantificar y comparar la afrodescendencia no debiera ser anatema. ¿Cómo hacer ciencia crítica sin datos duros que aporten certeza y precisión, sin una perspectiva macrocontextual que permita discernir lo particular de lo general?

Admitir que Argentina, a diferencia del Brasil o muchos países del Caribe, es, en términos relativos, más euroamericana que afroamericana –por razones históricas y demográficas– no debiera ser motivo de escándalo y escarnio. Como tampoco debiera serlo reconocer que sus pueblos originarios no tienen, en general, la envergadura poblacional (cifras absolutas y porcentuales), ni han tenido la influencia cultural, de los que habitan en otros estados del continente como Perú, Bolivia, México o Guatemala. Hay países más afroamericanos e indoamericanos –o mestizos– que otros. América es muy diversa. La mitologización romántica de las minorías étnicas no es el mejor camino del antirracismo. El mejor camino del antirracismo es la interculturalidad con pensamiento crítico. Evitemos las exageraciones y omisiones por implicación ideológica. Que la verdad histórica y demográfica no nos sea indiferente.

<sup>70</sup> Cf. Alex Borucki, “250 años de tráfico de esclavos hacia el Río de la Plata. De la fundación de Buenos Aires a los ‘colonos’ africanos de Montevideo, 1585-1835”, en *Claves. Revista de Historia*, n° 12, vol. 7, Montevideo, Universidad de la República, enero-jun. 2021, p. 256, disponible en <http://portal.amelica.org/ameli/jatsRepo/241/2412218013/2412218013.pdf>.



Reiteremos algo: diferentes estudios científicos llevados a cabo en los últimos tres lustros sobre composición étnica promedio del genoma argentino, sugieren que la ancestría europea rondaría entre el 52 y 67%; la indígena, entre el 27 y 31%; y la africana, entre el 4 y 9%.<sup>71</sup> Eso significa que más de dos tercios de los argentinos y las argentinas (entre un 69 y 73% aprox.) *venimos de los barcos*, metafórica y coloquialmente hablando, ya sea desde Europa –inmigración libre de colonos– o ya sea desde África –inmigración forzada de esclavos–. Describir esto no es racismo. Constatar diferencias histórico-culturales y étnico-demográficas entre nuestro país y otros de la región como Brasil o Bolivia, México o Cuba (con poblaciones indígenas, afrodescendientes, euroamericanas y mestizas muy variables en magnitudes y proporciones), tampoco es racismo. Racismo es creer falsamente que Argentina es superior a las demás repúblicas latinoamericanas debido a su mayor ancestría genética y acervo cultural europeos. Podemos refutar y combatir este tipo de prejuicios tan absurdos y tóxicos sin tener que sacrificar el pensamiento crítico. La irracionalidad y la mitomanía dejémoselas a los racistas. Seamos mejores que nuestros adversarios: más ciencia crítica, menos retórica identitarista.

Por otra parte, forzar la inclusión de la Argentina dentro de la Afroamérica, equiparando sin más a nuestro país –explícitamente o no– con Brasil, EE.UU., las repúblicas caribeñas, las Guayanas o la costa ecuatoriana-norperuana, o bien, homologando a Buenos Aires con Montevideo, delata cierta sobreactuación y fatuidad, cierto esnobismo e impertinencia, que pueden generar fastidio o vergüenza ajena fuera de Argentina. ¿Qué pensarían de una Argentina que se autoperciera masivamente como afro, las mayoritarias o muy cuantiosas poblaciones afrobrasileñas, afroestadounidenses, afrocaribeñas, afroguayanesas, afroecuatorianas y afroperuanas, con tradiciones e identidades afroamericanas mucho más desarrolladas, exuberantes y mejor conservadas, merced a otras dinámicas históricas nacionales en materia de demografía y cultura? ¿Qué pensaría la comunidad afrouruuguaya, hoy en franca minoría pero notablemente persistente en sus tradiciones étnicas e identidad racializada? Les podría resultar extravagante, absurdo, ridículo, desubicado, desfachatado, y no les faltaría razón.

Algo más quisiera decir: el problema con el hipercriticismo romántico que campea en los estudios sobre afrodescendencia es que, de forma involuntaria e inconsciente, se termina haciéndole el juego a la derecha racista, alimentando a los buitres de las narrativas de extinción y blanqueamiento. Aunque no nos demos cuenta, el mejor modo de darle una mano a quienes niegan o subestiman la diversidad de Argentina (Agustín Laje, por ejemplo) es exagerándola, hasta volverla una caricatura inverosímil. Si se sobreactúa el antieurocentrismo desde premisas identitarias esencialistas (decolonialidad), es sencillo ridiculizarlo y deslegitimarlo a los ojos del sentido común de las mayorías. Por muy bienintencionada que sea una retórica, si ella contradice o ignora groseramente la realidad objetiva, queda expuesta al contragolpe fácil. No sigamos cometiendo esa torpeza intelectual y política.

*F. Mare*  
*feb. 2023*

---

<sup>71</sup> Vid. nota 7.